Carmen Conde

Leopoldo de Luis

ESPAÑA, ESCRIBIR HOY

Leopoldo de Luis, poeta y crítico, nació en Córdoba, en 1918. Pertenece a la primera generación de posguerra y comenzó a publicar en las revistas «Garcilaso» y «Espadaña», figurando después en numerosas publicaciones españolas e hispanoamericanas.

Libros suyos de poesía son, entre otros, *Teatro real, Juego limpio* e *Igual que guantes grises*, por el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

Como crítico ha publicado estudios sobre poesía en revistas como «Insula», «Poesía Española», «Papeles de Son Armadans» y «Revista de Occidente». Libros suyos son: *La poesía aprendida, Antonio Machado, ejemplo y lección, Vida y obra de Vicente Aleixandre* y *Aleixandre: verso y prosa*. Ha realizado varias ediciones críticas y ha preparado, anotado y prologado (en colaboración con el profesor Jorge Urrutia) la *Obra poética completa* de Miguel Hernández. También es autor de una *Antología de la poesía social*, con estudio en torno al movimiento poético de tendencia testimonial y de compromiso de tan notable auge durante los años sesenta.

Leopoldo de Luis ha venido estudiando en numerosas ocasiones la obra de Carmen Conde, desde un primer ensayo que le dedicó, en 1949, en «Cuadernos de Literatura», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Carmen Conde

Carmen Conde

© Copyright 1982

ISBN: 84-7483-260-8

Depósito legal: M. 35.802-1982

Reservados todos los derechos

MINISTERIO DE CULTURA. DIRECCION GENERAL
DE PROMOCION DEL LIBRO Y LA CINEMATOGRAFIA

Printed in Spain. Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)

Carmen Conde

Leopoldo de Luis

Biografía

«Lo primero había sido el libro: un regalo de sor Rosa, aquella monja que me quería tanto y que luego murió en un hospital de infecciosos de Málaga. Sor Rosa me regaló el libro de Primera Comunión cuando me despedí de ella en Cartagena para irme a Melilla.» Aquella niña delgada, rubia, imaginativa, esperaba que la Primera Comunión trajera para ella algo trascendental, algo que transformara su vida. Le pasó lo mismo con el amor, con la poesía, a la que se consagró.

Había nacido el 15 de agosto de 1907 en la casa número 4 de la calle de la Palma, de Cartagena. Sus padres, Luis Conde Perreño y María de la Paz Abellán García, constituían un matrimonio acomodado, dedicado al negocio de joyas y de muebles. Los dos eran cartageneros, aunque el abuelo paterno procedía de Galicia. Es la vena nostálgica de Carmen. El abuelo materno perteneció a los cantonales. Es su vena rebelde e independiente.

Nostálgica y rebelde, la futura poetisa nace el año en que aparecen en el ámbito de la mejor poesía caste-

llana *El canto errante,* de Rubén Darío, *Soledades. Galerías. Otros poemas,* de Antonio Machado, y *Poesías,* de Unamuno. El año del «gobierno largo» conservador, en el que don Antonio Maura había preparado en Cartagena la entrevista entre Alfonso XIII —recién casado con Victoria Eugenia de Battenberg— y Eduardo VII. Se acababan de firmar los acuerdos sobre Marruecos en la conferencia de Algeciras, y a esa costa africana iba a trasladarse poco después la familia Conde, al fracasar los negocios del padre, quien buscó en Melilla trabajo con un patrón de su oficio.

«A tu padre sólo se le manchan de oro las manos», le había dicho un día la madre. «El oficio de mi padre es precioso», repetía la niña. «—¿Qué es tu padre? —Joyero. —¡Ah!» Y bajo los ojos curiosos de la pequeña desfilaban las etapas del oficio, desde la llegada del oro al taller hasta su transformación en joya. «Tu padre no sabe ahorrar para el día de mañana», sentenció la madre. «Y ¿qué es el día de mañana?», preguntaba la niña. «Gracias, padre, por no haber mirado por mi porvenir. Qué estúpida la vida a cubierto de angustias. El esfuerzo mío me vale más que la propia vida», se dirá muchos años después la que creció en la poesía y sintió la vida como un riesgo. Así sabrá cantarla Vicente Aleixandre:

> Pero allí está, en lo alto, quieta, en un borde, en peligro.
> Siempre en peligro, en el borde, dormida, diciendo.
>
> . . . . . .
>
> Oh, dinos, Carmen, si la niña ha crecido.

Sor Rosa es el primer recuerdo del colegio de San Miguel, de monjas de San Vicente de Paúl, donde acudió los últimos meses de su estancia en Cartagena, antes de embarcar para Melilla en el vapor «Villarreal», con trasbordo en Almería al «J. J. Sister». En el libro

Carmen Conde a los catorce años.

Empezando la vida (editado en 1955) se recogen las memorias de aquella infancia: seis años de los cuales quedan los recuerdos de dos maestras: doña Victoria Garcés, que la consideraba niña revoltosa pero buena alumna, y doña Anita Pedrosa Carretero, quien, asombrada por la capacidad de síntesis con que la niña asimilaba las lecciones, sugirió la conveniencia de que estudiase para maestra.

No se cumpliría su consejo hasta años más tarde, ya de vuelta a Cartagena. Primero, de 1920 a 1922, otro colegio: el Colegio Inglés, cuya profesora, Mis Mini, aparece por unas páginas de *Júbilos,* y fue la que puso en sus manos adolescentes *Rafael,* de Lamartine, que la hizo llorar, y el *Quijote.* «Don Quijote es la fe, el optimismo, la esperanza, la ilusión. Rafael renuncia porque no tiene vida ni fe ni esperanza.» Lección que la niña, la futura poetisa, no olvidó.

Al salir del colegio, con un francés bien aprendido, las necesidades domésticas la llevan a buscar empleo. Las oficinas de la Sociedad Española de Construcción Naval (hoy Empresa Nacional Bazán), donde llegó a ganar veinticuatro duros. Pero la lectura le ha despertado ya el afán de escribir. Algo la decepcionó que un familiar leyera displicentemente algunos enyasos poéticos. Pero Don Quijote es la fe y la ilusión. Comienza a publicar cuentos y artículos en «El Porvenir» y otros periódicos locales. Se interesan por ella dos personas que estaban haciendo mucho por la enseñanza en la ciudad: Enrique Martínez Muñoz y Félix Martí Alpera, fundadores de las escuelas graduadas de Cartagena. Carmen recuerda aún hoy con gratitud sus gestiones para conseguirle una beca del Ayuntamiento, destinada al estudio del Magisterio. Fue una beca modesta: libros y matrículas, pero le permitió cursar la carrera en la Escuela Normal de Murcia. En 1930 realizaría los exámenes finales en la Normal de Albacete.

Entre tanto, ya había conocido a dos jóvenes, con los que pronto congenió. Uno era escultor: José Moya; otro, poeta, que trabajaba como telegrafista: Antonio Oliver Belmás. Compartía la amistad de ambos, pero en 1927 formalizó las relaciones con Antonio y contrajeron matrimonio en 1931.

Antonio Oliver influyó en su rumbo poético. Juntos comenzaron las lecturas de Juan Ramón Jiménez —maestro indiscutible para todos los jóvenes de la época—, a quien Carmen escribe y en quien encuentra estímulo y acogida para algunos de sus poemas en prosa, que aparecen en aquellas exigentes revistas del moguereño. Oliver selecciona los originales de Carmen, en labor crítica que ella acepta, al punto de que el primer libro, en 1929, se abre con este poema que responde a tal actitud:

> Yo no te pregunto adónde me llevas.
> Ni por qué.
> Ni para qué.
> ¿Tú quieres caminar?, pues yo te sigo.

Andando el tiempo, recluido por azares de la posguerra en un rincón murciano, Oliver escribe sus *Conversaciones con Andrés Caballero* —que vienen a ser un diario— y recoge numerosas referencias a Carmen, aludiéndola bajo el nombre de «Constanza». Son frases que revelan una honda admiración por ella, en varios juicios, entre los que están palabras como éstas:

«La podréis humillar, atormentar, vejar. Pero de vosotros no se acordará nadie a la esquina de unos años. En cambio, desde Teresa de Avila hasta nuestros días no ha habido en la mujer española un estremecimiento ni una fe como la de Constanza. Ella está ya sobre la cumbre de la patria. Ella es el valor, la cifra positiva, el resplandor y la luz. No habrá tiniebla que

la oscurezca, niebla que la vele. Ella ya está hecha, ya es lo que Dios quería que fuese y eso solamente será.»

Ya casados, Carmen regenta una escuela en interinidad. Es una escuela unitaria, en el barrio de El Retén. Pero pronto va a entregarse con intensidad a la labor de la Universidad Popular, creada en 1931 por Oliver, con el doctor Manuel Mas Gilabert, médico de valiosa acción ciudadana, el poeta Ginés Arlés y el historiador Antonio Puig. La creación de aquel centro despertó elogios y esperanzas en numerosos artículos. Se recordaron las frases de Joaquín Costa cuando, con ocasión de las iniciativas y realizaciones escolares en la Cartagena de primeros de siglo, escribió que la reconquista tiene que partir de la escuela y que Cartagena es la Covadonga de la enseñanza. El doctor Mas dijo desde «El Porvenir» que confiaba en la eficacia de la Universidad Popular para acercar la cultura a los obreros, y la propia Carmen Conde, en el periódico «República», expresó estos deseos en que se mezclan el pedagogo y el poeta:

> «La Universidad Popular cartagenera será el medio de enlace entre la escuela del niño y el hogar. Hecha con el propósito de instruir a los adultos de la clase proletaria, ¿qué mejor ayuda que la suya podrá encontrar la escuela? Junto al hijo en pleno trabajo escolar, el padre no será un analfabeto, una barrera, sino que, aprendiendo a su vez, rompiendo su corteza exterior e interior, se convertirá en el mejor sostén espiritual del hijo. Educar a los adultos bellamente, casi sin esfuerzo por su parte, será tarea encomendada a las personas más indicadas. [...] Nada hay más humano que la perseverancia en alcanzar lo que mejor nos sirve para el progreso individual y colectivo. [...] Todo esfuerzo merece atención. Cuando el esfuerzo es, además, desinteresado, ¿qué atención más grata no se le puede prestar

que ayudarle a ser un acierto de concordia y de luz?»

Para ese «acierto de concordia y de luz» puso Carmen trabajo y entusiasmo. Desempeña la secretaría del Consejo Directivo, dicta cursos, pronuncia conferencias sobre pedagogía social, preside una sección de Cine Educativo, interviene en los diferentes actos y participa de las excursiones, con desplazamientos a otras ciudades, como Mallorca, Alicante, Orihuela. Acompaña también al grupo de Misiones Pedagógicas que colabora con la Universidad Popular en la provincia. De esa época es el comienzo de su amistad con Miguel Hernández. Toda aquella empresa cultural y poética se vendrá abajo con la guerra civil.

Dos sucesos familiares ensombrecieron la vida de Carmen: en 1933, un parto difícil de su primer embarazo concluye con el nacimiento de una niña muerta. En 1934 es Luis Conde, su padre, el que muere.

La maternidad frustrada —no volvió a tener hijos— supuso una conmoción espiritual llevada a un libro de poemas que, por su intimidad, desea mantener inédito. Fue lo que ella misma ha llamado «primera lección de sombra y de eternidad». La poesía va a traerle ese año de 1934 una gran satisfacción: es incluida en la antología «Poètes Espagnols d'aujourd'hui», de Mathilde Pomès (Bruselas, 1934).

Poco antes de la guerra civil, su vida profesional pasa por una experiencia interesante, pero que duró poco por tener que renunciar al trabajo que le mantenía alejada de Cartagena y de la familia. Desempeñó el cargo de inspectora del Orfanato Nacional de El Pardo, en cuyo Patronato intervenían García Morente, Clara Campoamor y el doctor Carande. Ya en 1936 debe optar entre salir al extranjero, con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios, del Centro de Estudios Históricos, o realizar las oposiciones que es-

En la Universidad Popular de Cartagena, 1933.

tabilizaran el curso de su carrera. Los graves sucesos que estallan aquel verano no le dejan elegir. Antonio se incorpora al ejército de la República y desarrolla por los frentes labor de propaganda con la emisora Radio Frente Popular núm. 2. Carmen le acompaña por varias ciudades de Andalucía. Luego regresa a Murcia para atender a su madre, y por fin se instala en Valencia, la ciudad más tranquila de la retaguardia republicana. En aquella capital levantina sigue cursos de la Facultad de Letras y hace oposiciones a Bibliotecas, que de nada le van a servir, porque al final de la guerra, con la caída de la República, borrará todo aquello.

La tragedia de tres años españoles encuentra su expresión en un intenso libro de Carmen:

> «Mientras los hombres mueren os digo yo, la que canta desoladas provincias del duelo, que se me rompen sollozos y angustias contra barcos de ébano furibundo.»

Es la guerra trastornándolo todo, hiriéndolo todo:

«Guerra. Me aprieta la sangre sus collares de venas.
Guerra. Suben por mi cuerpo los pasos que dejé de andar.
Guerra con barro, sangre, plumas de ángeles y de palomas.»

Pero es también el alucinante caos de la posguerra vengativa:

«Han aullado los barcos, y en los sombríos muelles
las torrenciales agonías de millares de hombres
que querían huir, vencidos.

. . . . . .

Se desplomó la paz.»

Al «desplomarse» aquella paz, tan difícil para los vencidos, Antonio queda recluido en un lugar de Murcia. Carmen sale para Madrid, y se refugia en casa de una familia amiga: los Alcázar. El matrimonio de Cayetano Alcázar —catedrático de Historia de la Universidad de Murcia— y Amanda Junquera era amigo de los Oliver desde los años juveniles de Cartagena. Después, Carmen reside en El Escorial, y allí comienza a escribir nuevamente, desde Castilla, como ella solía poner al pie de sus poemas. Nace entonces un seudónimo —uno de aquellos seudónimos que originó la posguerra—, «Florentina del Mar». Florentina es una santa mediterránea; ella amparó la pluma de Carmen en aquellos años, para escribir de niños y de poesía.

Desde El Escorial, en un viaje a Madrid, conoce personalmente a Vicente Aleixandre:

«Yo la conocí muchos años después —escribe el maestro en *Los Encuentros*—. Guerra y soledad, y palabra aducida, y pruebas, más pruebas... La bien probada, podría decírsele. Venía en aquel momento de El Escorial, «Castilla», como a ella le gustaba datar. ¡Buen encuentro! Un Levante condensado en una mujer, quebrado y vertido sobre una pizarra casi infinita,

y recogido, erecto otra vez en la misma mujer, en otra ya, que de un fondo de cuarzo y serranía y pino membrudo enderezaba, descendía sus pasos hacia Madrid.»

Aquella *otra mujer,* aquella Carmen *probada* por la adversidad y fortalecida en su espíritu y en su ansia vital desde su retiro del Guadarrama, recupera la acción de su vocacional entrega. Y uno de los primeros artículos que publica es, precisamente, el que dedica a la poesía de Aleixandre. «Sin detenerme a pormenorizar el motivo por el cual me fue posible, yo misma, en la revista creada por don Juan Aparicio —"El Español"— conseguí publicar el primer artículo sobre el poeta de Velintonia 3.»

Uno de sus trabajos de aquellos años, además de la colaboración de literatura infantil en «La Estafeta Literaria», es la asesoría literaria de la Editorial Alhambra, donde inmediatamente propicia la edición de *La destrucción o el amor.* El libro, que valió a Vicente Aleixandre el Premio Nacional de Literatura en 1933, había tenido una primera edición diez años antes de ésta con que Carmen Conde inaugura la colección «Poesía y vida».

Unos años después recupera asimismo la actividad en la enseñanza. Se incorpora a los cursos para extranjeros, tanto en la Universidad como en el Instituto de Estudios Europeos (filial del de Chicago), y en la Cátedra Mediterráneo, de la Universidad de Valencia, en Alicante. Acompaña de nuevo en esta labor a su marido, quien obtiene el grado de Doctor y desempeña la cátedra de Literatura en varios institutos, hasta llegar al Cardenal Cisneros, de Madrid. Oliver es también profesor de Literatura hispanoamericana en la Universidad de Madrid. El matrimonio realizó las gestiones precisas para adquirir el archivo de Rubén Darío, que guardaba Francisca Sánchez, la compañera del gran nicaragüense. Fruto de esa labor y de los encuentros

mantenidos entonces, fue también la biografía que Carmen escribe: *Acompañando a Francisca Sánchez,* estudio de una vida junto a Rubén, que se publicó en Managua en 1964.

La reunión de la familia (Antonio y la madre de Carmen) se produce al final de los años cuarenta. Acomodo, primero, en una casa de la calle de Goya; después, en el piso de Ferraz, 69. Ya no va a salir de Madrid, salvo para sus frecuentes viajes. Le apasiona viajar y, por otra parte, es requerida para pronunciar conferencias y lecturas comentadas de su obra en numerosas ciudades de Europa y en América: Puerto Rico, Panamá, Nicaragua, Miami, Nebraska, Nueva York, Maryland...

La obra se ha ido adensando rápidamente. Trabaja con intensidad; casi no hay año en que no publique algún libro. Porque no se limita a la poesía. Siempre, desde la adolescencia, escribió narraciones. Su novela *Las oscuras raíces* obtiene, en Barcelona, el Premio Elisenda de Moncada, el año 1953. Pero ya en 1950, la editorial Janés había publicado su primera novela larga: *En manos del silencio.* Otro premio para novela obtendrá con la titulada *Soy la madre:* el del Ateneo de Sevilla, en 1980. A esta lista hay que añadir *Creció espesa la yerba, La Rambla* —novela de su vida y paisaje levantinos— y los volúmenes de relatos *Cobre* o *Soplo que va y no vuelve.*

Más de una docena de libros de literatura para niños confirma la dedicación de Carmen Conde a su profesión de maestra, aquella aptitud que tan sagazmente supo vislumbrar la maestra de Melilla.

...Y la obra de los demás. Las antologías cuidadosamente ordenadas, ya para recoger la poesía amorosa castellana, ya para la poesía escrita por mujeres de España y de Hispanoamérica. De aquella época intensísima de trabajo que fueron los años cuarenta es la reca-

pitulación de sus Cartas de *Katherine Mansfield,* o el estudio sobre las hermanas Brontë.

Pero como la vida no cesa nunca de acumular sucesos, en el verano de 1968 llega la muerte de Antonio, a los sesenta y cinco años, como inevitable consecuencia de una vieja lesión cardíaca.

> Pongo las manos donde las ponías tú
> por si arañan algún rescoldo que no se hubiera apagado
> y pudiera incorporármelo al mío tenaz de ti,

escribe Carmen, en unos poemas que quisieran retrotraer a la muerte. Una palabra poética que lucha contra la mudez. «Digo palabras porque la muerte es muda», coloca al frente de esos poemas de imposible diálogo con quien inició el camino del amor y de la poesía cuarenta años atrás.

Con la ilusión no marchita de la creación literaria, la hazaña cultural de Carmen Conde es, en 1978, vencer, por su propio valor de escritora, la tradicional resistencia de la Academia para admitir mujeres. Nada se oponía, pero nadie lo propiciaba. Cuando Guillermo Díaz-Plaja pronuncia el discurso protocolario de recepción, lo comenta así:

«Y no dejaré de señalar con qué alegría nuestro nuevo partícipe en las tareas académicas es una mujer, que viene a romper así, victoriosamente, una situación que, no por impedimentos reglamentarios, sino por sucesión de circunstancias diversas, en la España de Santa Teresa y Carolina Coronado, de Rosalía de Castro y de Emilia Pardo Bazán, de Concha Espina y de María Moliner, dejaba huérfana de representación femenina la Institución que aspira a representar el estamento literario de España.»

Carmen Conde es, pues, la primera mujer designada para figurar en la Real Academia Española de la Lengua, honor que se reserva a los más grandes crea-

dores y a los más notables conocedores del idioma. El día 28 de enero de 1979 pronunció, en sesión solemne, el discurso preceptivo de ingreso. *Poesía ante el tiempo y la inmortalidad* es el título y el tema. Sustituye en el sillón K al dramaturgo Miguel Mihura, quien, por cierto, murió antes de ocuparlo.

Sobre su propia vocación ha escrito Carmen Conde palabras lúcidas:

«Me entregué a una obra que intuía áspera en sus comienzos, con ascetismo. Liberé mi pluma de cuanto, por anticipado, estimaba grato, gracioso, musical y fácil. Mi honrada vocación, enfocada a una conquista limpia, quería ser estimada —en principio— por sí.»

En cuanto a las formas expresivas, también nos hace comprender la inquietud que revela la variedad de géneros por ella cultivados:

«Nunca he admitido que toda la Poesía pueda ser encerrada en ésta o en la otra fórmula. Mi devenir enseña que no ceso de requerirla en todas sus apariencias. No es posible, y acaso ello venga en perjuicio de mi obra total, que yo me limite en alguna de sus presencias.»

Que Carmen Conde es radical, profunda, vitalmente poeta, se infiere de la siguiente rotunda declaración que, como las anteriores, estimo que sirven muy bien al diseño de su personalidad, que este trabajo persigue: «Creo en la inspiración como en el amor y el destino: inexorablemente.»

Ahora pasemos a comentar algunos aspectos de su obra poética.

Vitalismo. Angelismo. Sensualidad

Muy significativo es un título de Carmen Conde: *Cita con la vida.* Porque en su poesía, en efecto, la vida nos *cita* y nos *recita:* nos llama y nos pronuncia. Nos *incita,* también, llevándonos a un paisaje comuni-

Carmen Conde, en Cartagena, a los diecisiete años.

cativo y corporeizado: saboreamos la belleza frutal, nos llega la pulpa fresca de la mañana, las luces rojas de la cumbre, el aire salado del mar. Una tercera persona, que es la propia poetisa y es, a la vez, la mujer genérica, asumida en su palabra, nos declara con entereza moral que «se levanta, reanuda el camino, empujando su no todavía inllevadero fardo».

La vida es la tierra y es el mar: estamos en un simbiótico panorama, y ascendemos relieves, colinas duras que, mar adentro, deshacen su instantánea for-

mación. Mujer mediterránea, la luz que atraganta los litorales clásicos se hace claridad misma de su verso.

La vida es hermosa cuando el amor la puebla. El ser amado, extraído intuitivamente de la muchedumbre, la pareja humana enfrentándose y uniéndose en un gran río sensual y cósmico, acechada por las fuerzas telúricas. La sensualidad incrustada en la naturaleza misma, como en un friso griego, resalta el encuentro de los amantes jóvenes. Cada acercamiento amoroso, sublimado en la elemental pureza juvenil, va «cuajando edades y acumulaciones geológicas». El amor puede terminar, como la vida acaba también. Pero hay un rastro del *carpe diem* horaciano en esta poesía que estimula: «Vivid ahora, atropelladlo todo.»

Carmen Conde ha exaltado en su obra la fe como virtud creadora. Recuerdo un ensayo suyo en *Mi libro de El Escorial*, precisamente en torno a este tema. Y un verso suyo proclama: «Sólo se cansan los que no tienen fe.» Incansable, su fe en el amor, en la belleza, en la vida, ha dictado poemas y poemas que, a veces, se han transido de renunciaciones, mas sin ser —aunque parezca paradoja— renunciación a ninguno de sus alientos y vocaciones. *Derribado arcángel* es el título de otro libro, pero digamos en seguida que si el arcángel está en algún momento derribado, no está vencido.

El *angelismo* viene a simbolizar en la obra de Carmen Conde las fuerzas interiores que en la criatura humana se debaten y también virtudes superiores de heroísmo y pureza. El *ángel* puede cifrar pasiones, tentaciones, sueños. O también esa compleja mezcla de azar y condicionamientos que llamamos destino. En definitiva, la lucha íntima y diaria que es el propio vivir.

Carmen es, en su poesía, una mujer perpetuamente en lucha, como sometida a pugnaces tirones de sen-

sualidad mediterránea y de sobriedad castellana. Se reconoce en su tierra del Mar Menor:

> Campo mío de amor nunca confeso;
> de un amor recitado y pudoroso,
> como virgen antigua que perdura
> en mi cuerpo contiguo al tuyo eterno.

pero medita en la sierra de Guadarrama, junto a El Escorial, y confiesa:

> Yo aquí pude sacar lo mejor de mi vida.
> Aprendí a conocerme, a saber lo que quiero.

Mas la avidez de vida sensualmente gozada no prescribe del todo nunca. Dialoga con la tierra que la reclama y efunde un casi placer de criatura presuntamente fundida en ella, aunque al mismo tiempo se yergue su voz ansiosa de mar y parece rehusar la fusión terránea ante el recuerdo de la luz y el aire.

También su visión de lo amoroso es compleja. La exultación del encuentro no impide que los protagonistas puedan transitar por mundos respectivamente extraños. El hombre y la mujer «nunca se penetran, ni aun cuando se poseen», porque «no se entera uno de lo que siente el otro». Es una comprensión que rebasa el hedonismo para rozar lo filosófico: quizá —pensamos— el placer es sólo el de cada uno, personal e intransferible, como el dolor, en la teoría de Ortega.

Asimismo hay dificultades de entendimiento en otras escalas del amor. Lo vemos en los intensos y graves *Monólogos de la hija.* «De mí no sabes tampoco, / eso sí que lo sé yo», se lamenta la hija, en tanto que la madre siente que no da con la hija: «¿Dónde está esa criatura / —decías— que no la encuentro?» Y el silencio puede ser en el amor una barrera:

> Tengo un collar de palabras
> que nunca ceñí a tu cuello

Pero, aligeradas de peso reflexivo, extensas zonas de la obra carmencondiana se sienten impregnadas por las fuerzas elementales del amor:

> Enjambres de muchachos cual espigas al aire,
> de muchachas teorías agitando los brazos
> por danzar entre olas esquivando el empuje
> que enarbola el ardor posesor de las vírgenes.

Son versos de última época que confirman la visión pánica fulgurante desde el libro inicial:

> Gloria de tu hallazgo
> Se movieron las selvas inefables
> Venías tú, gentil criatura
> desnudando los ríos a tu paso.

El erotismo cruza con su belleza y su gozo, reflejándose en la exaltación corporal de los amantes, y adquiere en algún poema imagen de corte parasurrealista:

> Desnuda y adherida a tu desnudez.
> Mis pechos son hielos recién cortados
> en el agua plana de tu pecho.

La presencia erótica es muy frecuente y obvia en esta poesía, por ello no parece preciso abundar en ejemplos ni comentarios de mayor extensión. Parece más necesario reparar —por menos ostensible— en una veta que se envuelve con el vitalismo, con el hedonismo y la exaltación de los cuerpos, y es el entusiasmo por la fuerza vital, entusiasmo que puede presentar varios matices.

Entusiasmo por la belleza como triunfo, según se deduce de este «Canto a los seres hermosos»:

> Ser hermoso es cerrarse contra todos
> y bastarse a sí mismo, por perfecto.

Entusiasmo por la lucha contra la maldad —en abstracto—, que puede ejemplificarse con el poema «Pacto», donde se pide a un ser decisorio —destino, vida, divinidad...— que no nos libre del Mal, sino que nos mantenga el ansia de vencerlo:

> Envíame tus sierpes
> y dame voluntad para vencerlas.

Entusiasmo por la fortaleza contra el sentimentalismo, en pro de una moral fuerte, materializado en el poema «Crisis»:

> Atrás los débiles y tibios, los sensibles, los que oían
> aquello que me olvido; los que iban
> por donde olvidé que anduve; los que amaban
> lo mismo que me arranco.

Entusiasmos que pueden sintetizarse en el elogio de la fortaleza humana, del ser hermoso, fuerte y dominador, enaltecido en este «Canto al hombre»:

> Cuando eres, como ahora, hermoso y fuerte, yo te amo.
> Cuando el viento se doblega para ti, cuando a la tierra
> tú la rindes, yo te amo. Yo te amo por osado
> y te amo por heroico, por audaz, porque ofreces
> tu hermosura y valor...
>
> . . . . . .
>
> No te quiero cuando débil, sometido, acobardado
>
> . . . . . .
>
> Más te busco despiadado que humillada la cerviz.

Pese a que también ha cantado su «Réquiem amargo por los que pierden» —en el que, aunque para emplearlo como contraste, también hay un elogio del fuerte—, el ingrediente que llamaríamos *dionisíaco* es más utilizado por la poesía de Carmen Conde y parece derivar de una «voluntad de vida», en lo personal, que en lo general o universal asciende casi a una «voluntad

de poder» en la interpretación nietzcheana de la existencia. Nada asombroso, por otra parte, puesto que, desde los maestros del 98, Nietzsche cruza a ráfagas por la literatura española.

La sensualidad aparece no sólo en los temas, como se deduce de los comentarios que venimos haciendo, sino en el mismo lenguaje tropológico. El mundo de los sentidos invade los poemas y la percepción de la naturaleza es fuente de las imágenes.

Si la tierra y su vegetación están presentes en esta escritura poemática, no menos intensa es la presencia del mar. Un libro completo lo atestigua. *Los poemas del Mar Menor* no cantan ni describen el mar: lo comparten. La poetisa lo vive, fundiéndose en su belleza y percibiendo física y espiritualmente su profundidad, más que en metros de sondaje, en antigüedad milenaria. Es un hundimiento en el paisaje marino, un sentirse «ahogada viva» en él, es la sensación de una amante que se sabe sólo un segundo de la vida del amado. La pasión comunicadora con el mar le hace ver a los demás seres en función de aquél, en cuyas aguas se sumergen, y antes que aguas jordánicas y lustrales, que hacen a los seres puros, vemos aguas clásicas que los tornan hermosos.

La poesía de Carmen Conde se pone en contacto con el mundo que le rodea y con las fuerzas vitales que la impulsan, ya sean éstas simbólicamente ejercidas por el *ángel,* ya hedonistamente fulguradas por el amor. No son las únicas vertientes de su mundo poético, que, por la amplitud y complejidad, debe estudiarse parcialmente. Es lo que, con la necesaria concisión que el proyecto editorial requiere, se intenta en ésta y en las siguientes notas.

Preocupación por el ser humano. La condición de mujer

«Si yo soy poeta, el hecho de que soy mujer no debe permanecer ajeno a mi condición, y no se trata de hacer una poesía estrictamente femenina, sino de enriquecer el común acervo con las aportaciones que sólo yo en mi condición de mujer poeta puedo ofrecer para iluminar una vasta zona que permanecía en el misterio.»

Así se expresaba Carmen Conde en 1960 (en los números 46/48 de la revista «Agora», de Madrid). El acierto de estas palabras es singular; revisten gran importancia porque ponen el dedo en la llaga de un equívoco frecuente, en el que se acumula mucha confusión. Por una parte, quienes lastran injustamente la poesía femenina de pseudoternura, cursilería o intrascendencia ñoña. Por otra, quienes, en aras de un feminismo militante, discriminan, paradójicamente, a las escritoras, actuando cual si de una competición se tratara. No hay para esta cuestión más que un planteamiento justo: el contenido en las transcritas palabras de Carmen Conde. La poesía es una actividad del ser humano, una dedicación dentro del campo del arte —o de la literatura, o del pensamiento, o como se quiera matizar, que ése es otro asunto—, y está cultivado por hombres y por mujeres, sin preferencia alguna. La poesía es sólo una, de hombre o de mujer, y no requiere más condición que ser poesía —buena, por supuesto; la mala no es poesía—. Ahora bien, la poesía se escribe con cuanto se es, y nada de lo que quien la escriba sea puede dejar de influir, de una u otra forma. Por ello, si quien la escribe es mujer, poseerá una cosmovisión distinta que si es hombre, lo mismo que tendrá cosmovisión distinta si quien la escribe es de una época o de otra, o de tal o cual formación cultu-

ral. Casi me atrevería a decir que dependerá de la salud que el sujeto tenga. Si en la poesía de Carmen Conde la preocupación por el ser humano es esencial, esta preocupación se matiza desde su condición femenina (libre el adjetivo de connotaciones peyorativas) y se concreta con intensidad en el destino de la mujer.

En esta sustanciación de su clamor poético hállase cronológicamente en primer lugar la atención a los niños. Ya de su segundo libro dice, al prologarlo, Gabriela Mistral que «hay un repertorio de niños, de clientes de banco escolar que no están empalados sobre el banco, según el uso. Están allí, en la penitencia de la escuela, pero también andan sueltos, viviendo a la buena de Dios». Y más adelante añade: «La Carmen Conde de veintitrés años se nos presenta como mujer muy vívida, muy grávida de experiencia. Españolísima en este aspecto, nos trae en seguida a la lengua el adjetivo que más estimamos en un elogio: el de humana.»

En efecto, semejante afán hace de la poesía carmencondiana un humanismo, por su compenetración con los problemas vitales del ser humano, y un compadecer —y ya se sabe que *compadecer* es *padecer* con— la peripecia de sus contemporáneos. Esta poética humanista da muchas veces la sensación de que acumula sobre sí toda la especie, arrastrada desde el fondo del existir, por eso habla de sí misma como de un «ser arrancado de siglos», y un título suyo es *Vivientes de los siglos,* con poemas que cantan los elementos fundamentales —agua, fuego, aire, tierra— según la filosofía presocrática, llamándoles «patrias», y también los que llama «destierros»: el hambre, la desesperanza, el dolor, el desamor, el olvido... «No hay escape, aunque parezcas libre», le dice, diciéndoselo ella misma al hombre, existencialmente.

Otras veces es la circunstancia inmediata lo que se hace motivo del canto, como en *Mientras los hombres*

En Cartagena, con Antonio Oliver y Miguel Hernández.

mueren, escrito durante la guerra civil. No clama por *unos* hombres, sino por *todos* los hombres, por el terror que los acosa. Y —cómo no— por los niños envueltos en la tragedia. Y por la maternidad; la maternidad amenazada:

> Cierto que no pariré hijo de carne mientras
> la Tierra haya las furias amarillas de la Guerra.

Circunstancia inmediata lleva también a la comprensión de los marginados de cualquier signo, como en *Jaguar puro inmarchito,* al atravesar países donde la injusticia social muestra llaga tan viva:

El indio no tiene prisa, pero yo sí.
El indio y la india están sucios, hambrientos, enfermos, sentados en cualquier pedazo de tierra, labrada o inmunda, sin prisa. Resignados o ausentes de ellos mismos.

Pero yo no puedo verlos más tiempo, no, no puedo,
porque se han puesto a dolerme como llagas,
se me hincan igual que machetes.

Este compadecimiento no es de sentido caritativo, sino de sentido denunciador y testimonial: actúa de presente (contemplación por el sujeto) a presente (realidad constatada). En otros casos, como es la contemplación del arruinamiento corporal hacia la vejez, actúa de presente (realidad conocida) a futuro (intuición del sujeto). Los poemas de esta última temática perciben el deterioro de la acción del tiempo suponiéndolo ya sobre quien escribe, aun en plena juventud. Son piezas que datan algunas de los años cuarenta:

Los senos flotan cual hojas secas en el agua.
Senos arrugados, vergonzantes, casi huidizos...

La voz de Carmen Conde clama por la humanidad desde sus propias constataciones; clama por los castigados de la tierra, por «un mundo de fugitivos», por las plagas del dolor y de la injusticia. Se hace «canto funeral por su época», acosada y difícil:

¡Oh carnes de dolor, hombres funestos,
mujeres de placer, viejos sin lumbre,
criaturas del descuido irresponsable!

y, en contraste con otras zonas de su obra que pueden considerarse epicúreas, muestra una vertiente casi escéptica:

¿Qué hacemos ahora aquí, quién nos requiere
si no es para colmar nuestro fracaso?

Pero donde Carmen Conde alcanza cima impar en su comprensión de la existencia es al indagar en la condición de la mujer. *Mujer sin Edén* es un libro singular y marca un hito en la poesía de este siglo. Creo

que por él puede decirse sin hipérbole que Carmen Conde es la mayor poetisa de lengua castellana, porque, por encima de la calidad o de la emoción de tal o cual poema, ninguna otra ofrece un mundo poético tan coherente y tan lúcido, donde la mujer, mitad del género humano, encuentra cantada —y poéticamente iluminada— su estirpe, visto su destino de forma totalizadora y con acento patético.

Por supuesto que todos los aspectos de la poesía de la autora coadyuvan a este libro: la sensualidad, la ternura, el humanismo, el vitalismo, la religiosidad honda. Ese sentido religioso no está superpuesto ni tampoco vivido místicamente. Ni ha recreado con retóricas glosas bíblicas ni se ha perdido en meditaciones abstractas. Es una religiosidad expresada con vivencias de mujer. Bien sabemos que el edén no existe, y en soñarlo y perderlo reside el poético patetismo que sirve de escenario a una simbología existencial y que mana de experiencias ciertas, reflejando aconteceres, íntimos unos, exteriores otros, pero siempre auténticos.

Hay en *Mujer sin Edén* expresa y constante referencia a los temas de la Biblia, pero su aceptación y su uso adquieren valor existencial o metafísico antes que implicar conformidad con unos principios religiosos concretos.

Dos afirmaciones merece este libro. Formalmente, la belleza de sus imágenes, que recrean con sensualidad el mundo, a la vez paradisiaco y adverso, del sueño y de la realidad, con sus goces y sus amarguras, con su encanto y su pena. Temáticamente, la dramática comprensión del destino humano visto —insistimos— con singular originalidad, con ojos y experiencias de mujer.

Se contempla la pareja humana en medio de la desolación telúrica:

La tierra desnuda y agria
hemos de remover tú y yo
....

Y la abriremos para vida
y la abriremos para muerte. Sobre ella
vivos desnudamente hemos de amarnos.
Bajo mi espalda, ¡qué multitud de guijos
se hincan a la carne que me siembras!

Se acepta un itinerario cansado, continuado, trágico:

¡Oh siglos de labranza, hombre que empiezas
llevándome a tu lado para secar tu frente!
¡Oh maldita de Dios yo: tu oscura hembra
ha de parirte tumbas, los impuros manzanos!

Los ciclos vegetales, la escenografía meteorológica, el prorrumpir de la flor, el nacimiento del hijo, la era de los trabajos, las maldiciones, el hambre, la vejez, la guerra... desfilan ante los hermosos y sufridos ojos de la mujer. La aparente abstracción se templa y concretiza por la asimilación de la experiencia, de suerte que si habla de *la mujer*, en abstracto, es, en el fondo, *una mujer* la que habla, imprimiendo acento entrañable.

El peso de las narraciones bíblicas ejerce, a veces, curiosa influencia en los poemas, asimilando a las legendarias maldiciones el estado de preterición en que la cultura cristiana ha tenido a la mujer. Los versos, entonces, increpan dolidos a la Divinidad: «Te veo hosco, mirándome en la lumbre de tu arcángel. Hierba ácida que cortas sin amor. Tú no me quieres.» Es, en realidad, una poesía rebelde frente a la postergación que tradicionalmente ha sufrido la mujer en la sociedad. Postergación que, hasta hace bien poco, llegaba incluso a la negación de formación cultural. En el poe-

Con su marido, Antonio Oliver, en 1955.

ma «La mujer no comprende» —un ejemplo entre muchos—, Carmen Conde exclama, con voz de la mujer de Lot:

¡Nunca admites, oh Dios, que yo quiera saber!

A través de símbolos que las sublimizan las realidades físicas y aun fisiológicas de la mujer se acogen a estos poemas:

Junto al árbol que lleva doce frutos
dando uno cada mes, nunca hubo noche.

Y la riqueza sensual, con todo su encanto:

¡Oh mi cuerpo desnudo,
oh tibio ramo de mi cuerpo suave!
La fuente del placer, rosas mis pechos
cerrándose a la luz, por conocerse.

La hembra, capaz de hacer continuar la especie, alza su voz:

Por el abismo seco que ya es nuestro refugio
llevo con nosotros tus simientes
y hombre yo daré prietos de jugo
para el bien y el mal que me enseñó la bestia.

Porque el impulso vital supera terrores y amarguras, e infunde ánimos, nunca abatidos, pese a todo:

Más fuerte que el amor no será el cierzo,

El tiempo se sucede en los poemas de esta mujer asumidora y múltiple, de esta mujer desde lo abstracto y desde lo concreto que en la voz carmencondiana se expresa. La oímos, eterna y siempre actual:

Los seres que mataron, hechos carne podrida,
oscuros de metralla, reventados en niebla
han legado a mi tiempo de vida
este horror en su sombra.

Poesía, pues, también de lo temporal y de lo indeclinable, aunque cruel, de la vida:

> Me asusto débil al mirarme viva
> y capaz de reír mientras lloran los hijos
> de esas mujeres muertas cuyos huesos blanquean
> entre los sucios campos de las guerras cobardes.
> Soy madre de los muertos, de los que matan, madre.

El amor y el sexo, con su cohorte de densas vivencias, los condicionamientos históricos y sociales, con sus coerciones implacables, se desploman sobre la mujer, eterna, que cruza por el escenario telúrico, ya paisaje atrayente, ya erizado cataclismo, dejando el rastro patético de su realidad existencial. Ninguna otra poetisa se ha planteado nunca semejante vastedad temática, que ofrece un humanismo desde la condición del ser humano del sexo femenino.

Tesitura metafísica

Ya en su última entrega, con poemas escritos después de los setenta años, Carmen Conde vuelve a dar una prueba de su capacidad creadora. Es el libro *La noche oscura del cuerpo,* apoyado en la mística de San Juan. El poema cardinal del volumen —aunque colocado como parte final del mismo— ofrece una tesitura frente a la trascendencia, una comprensión metafísica del existir que se había anticipado en *Sea la luz,* de 1947. Resulta, pues, elemento de profunda importancia en el mundo poético de nuestra poetisa, del que tuve ocasión de ocuparme en un trabajo de 1949. Aparece en algunos otros libros, desde el comienzo. Así, en *Ansia de la gracia* (1945), leemos:

> ¡Otro mundo, Señor, aunque no lo imagino!
>
> . . . . . .
>
> ¡Llévate mis angustias, éntrame Tú en el tiempo
> del yacer sonriente...

Preocupaciones que van a adquirir densidad en *La noche oscura* son visibles en *Sea la luz,* treinta años antes. La descomposición de la materia humana en manos de una muerte que nace de la vida misma se expresa en imágenes que recuerdan un poco el gusto surrealista y que también sugieren reminiscencias bíblicas, ya no del *Cantar* —fondo de algunos poemas amorosos de los primeros libros—, sino del *Eclesiastés,* aunque la poesía de Carmen Conde no se desprenda del todo del amor al cuerpo:

Un muerto es un charco muy pronto,
un pequeño y odioso charco oscuro
. . . . . .
Y el vientre roído,
Las piernas abrasadas por mordeduras implacables.

Y más personalmente:

Flor embriagadora yo de insectos y de aves
que hunden en mi cuerpo la afilada
lengua larguísima de su sed menuda.

Los sentidos que sustentan la constatación vital, la percepción de la belleza de las cosas vivas y el deseo, tan humano, de saber, tienen en *Sea la luz* más ráfagas románticas y, a la vez, mayor intención ascética que el gran libro final de *La noche oscura...* Como si Carmen recapitulara antiguas intuiciones y las revisara a la altura de su edad, con una testificación más implacable por más lúcida, se enfrenta con el hecho mismo del existir desde el comienzo del ser concreto, cuerpo humano tambaleante en los primeros pasos de la vida, experimentando el «universo táctil», lo «perfecto audible», lo «visible puro», «de sandía el olor que los mares exhalan» o la sapidez acre. Es claro, pues, que su visión del acabamiento, aunque con talante metafísico, se expresa, paradójicamente, aliada al vitalismo exaltado, a la sensualidad y al erotismo que laten muchas

veces en la poesía de la autora y que cobran relevancia primordial en otras zonas de su obra. El ser que *estrena* la vida (verbo muy concordante con el sentido vital de Carmen Conde) es originalmente puro, y se incorpora al mundo nada menos que «a ordenar en el caos su órbita», esto es: con un protagonismo de astro: tal es su belleza, tal es su perfección. Es una criatura que «se alimenta de esencia universal» y cuanto le rodea tiene traza edénica, porque se halla en «las selvas caudalosas de hermosísimas fieras». Pero aparece el odio, contaminante de la pureza prístina, como «herrumbrosos cepos» que persisten en «apresar tobillos». El cuerpo puede ir hacia la muerte o bien volver al cosmos, porque «no se acierta si es ir o es volver lo que encubre esta núbil criatura». El ser es «destino de tierra y ansia de divino» y siente «sus entrañas devoradas por panteras», en un recurso de la imagen para emplear símbolos zoológicos. Recurso no único ni nuevo (recuérdese *Jaguar puro inmarchito,* donde aparece mezclado con la injusticia tercermundista) que la lleva a ver la vida rodeada de canes que resuellan acremente, en vaharadas. No debemos dejar pasar estas expresiones, tan sensoriales: vaharada, resuello, acre, que refuerzan la imagen, así como tampoco los versos:

> la libertad que peligra
> en los ojos y en la frente de este ser acorralado

donde se imbrican el sentido social y un último sentido existencial.

El cuerpo abandonado por la sombra de la vida percibe, al borde del mar —tema recurrente en la poesía de Carmen Conde— que aún le empuja, *algas* —vivencias y deseos— que *huelen* —atracción vital— mientras *crece la noche* —la muerte— en la que ya el cuerpo no va a *recuperar el sol.*

Vivir no es sino ganar a cada momento una batalla con la no-vida, es resistirse a la muerte:

> Oh cuerpo tendido, bosque de inmensas sensaciones
> que se resisten a huir de su templo delicado

y superando esa actividad anhelante de lo fisiológico, más allá de las sensaciones puramente cenestésicas, se interroga:

> ... ¿Nueva vida es verdad
> oponiéndose a la otra que confusa se despega?

Y dudando ante lo insondable, por misterioso:

> ¿Será la que se imagina
> esta mente desgajada del magma de lo infinito
> del misterio que la hubo?

Ese misterio la había inquietado en *Sea la luz,* al punto de rebelarse:

> No quise nacer, fui nacida sin mí
> . . . . . .
> He sido huésped de una materia condenada
> y de su deterioro, ajeno a mi albedrío
> he de dar cuenta.
> ¡Si ya era cuerpo antes de pertenecerme!

La música, la luz, la suavidad, los elementos armoniosos y benéficos que el cuerpo percibe en el mundo físico al que pertenece sirven también para imaginar un mundo metafísico: el cuerpo trascendido va asumiendo «el rumor de los vientos y del agua», lo que es, en definitiva, una disolución en el cosmos, y aunque el poema nos dice que con ello siente cómo «va alcanzando niveles de una verdad con la cual nunca cruzara mientras por la tierra anduvo», nos queda la duda de si más que una mística, lo que late en esta poesía es una suerte de panteísmo. Porque, abundando en ello, según este hermoso libro, hay unos ojos del alma para

ver la vida metafísica (la otra vida, de las religiones), lo cual es habitual en los creyentes, pero lo particular de Carmen Conde es que esos ojos son los mismos ojos corporales que vieron sensualmente la luz, sólo que (en expresión un tanto parasurrealista) *desatados:*

> Cuando se desatan ojos que del rostro se liberan
> accede el cuerpo y respira luz que no le irradia este sol.

El cuerpo entero es *sed,* se afirma en un verso. No es, pues, el alma la sedienta, como en la tradición mística, sino el cuerpo. O, dicho de otro modo, hay —o parece al lector que hay— una materialización del alma, un alma-cuerpo (recordemos que en *Animal de fondo,* Juan Ramón Jiménez habla también de *cuerpialma)* acosado por dudas y queriendo indagar si el milagro diario de la naturaleza (la luz, el agua, la flor...) puede llevarnos a concebir lo trascendente. Y por tal indagación da en el amor:

> Saber es amar, como a la inversa

de donde hemos de inferir que amar es saber, lo que nos lleva al mito genesíaco del árbol de la ciencia, cuyo fruto es robado por el amor de la pareja paradisíaca. «Se ama —dice Carmen Conde— en lo creado a lo creante», lo cual puede recordar la tendencia de Nicolás de Cusa para ir a Dios, antes que por la experiencia mística, por el acercamiento a la naturaleza, pero, como expresión, nos recuerda más el «dios deseado y deseante» de Juan Ramón. Las coincidencias con el Génesis y con el poeta de Moguer se justifican plenamente, ya que sabemos la importancia de ambas lecturas en la formación de la poetisa desde su adolescencia.

La noche oscura del cuerpo es, por este replanteamiento y esta nueva comprensión de continuas preocupaciones carmencondianas, un libro capital en su

En El Escorial. Agosto de 1960.

obra. Por eso nos hemos detenido más en su comentario, tal como se hizo al tratar de *Mujer sin Edén,* otra pieza clave. También *La noche oscura...* es muy interesante en cuanto a su estructura. Se compone de seis cantos, después de ser abierto por un poema breve para ser cerrado por otro, brevísimo, como colofón. Esos dos poemas —apertura y cierre— sitúan el cuerpo reflejado en el espejo misterioso del cosmos; fugaz reflejo que posee, trágicamente, la condición de verse a sí mismo y a su propia disolución en mares insondables. Los seis cantos son relativamente extensos —aunque ninguno llega a los cien versos— y exponen una visión distinta, en grado vital descendente, para ser cada uno de ellos rematado con tres tercetos a modo de corolario.

La conciencia del existir

Hemos comentado el vitalismo y la sensualidad de la poesía de Carmen Conde. También su preocupación por el ser humano y su profundidad metafísica, deteniéndonos en los libros *Mujer sin Edén* y *La noche oscura del cuerpo.* Hubiéramos podido hacerlo en otros títulos —si no fuera por la necesidad de sintetizar rasgos esenciales mediante algunos ejemplos—, como *El tiempo es un río lentísimo de fuego,* donde aparece muy subrayada la conciencia del existir, la convicción de que la realidad cobra destino precisamente en la conciencia del ser humano o, para concretar más, en la conciencia del poeta. He aquí otro rasgo notable de la obra carmencondiana.

Tiempo y río vuelven a constituir metáfora de vida, como quisieron los viejos poetas chinos y el inolvidable poeta castellano del cuatrocientos. Pero en Carmen Conde es río lento y de fuego. No vamos al mar del morir precipitadamente, sino en remansos de dolor y

de gozo y como en abrasadas pavesas. La visión medieval era estoica y en resignada comprensión. La de Carmen se angustia por lo frustrado, por el *yo* que ya no puede ser lo que quiso.

El vitalismo no queda del todo ahogado por esta conciencia del ser y del tiempo —connotación existencialista—, sino que se enardece —río de fuego— pese a todo:

> Padezco en mi ambición de ser el íntegro universo

Ambición que es radical en el mundo poético de nuestra poetisa: convertirse en viva realidad sumada a la creación. Y se lo propone tanto en los poemas *contemplados* cuanto en los *revividos.* Llamo lo primero a piezas que cantan un elemento exterior: el árbol, por ejemplo, integrándolo serenamente en el concierto telúrico. Con la segunda palabra designo poemas de intimidad amorosa, donde la pareja humana, fundida, se ve en recuerdo.

Un río lo arrasa todo, con la demora emocionante del vivir, con el calor profundo de su apasionamiento. Y en esas aguas, a la vez vivificantes y aniquiladoras, surge el encuentro de lo *desconocido* y lo *desconociente* que llamamos amor.

Conciencia del existir que está en el renovado mito de Sísifo:

> Otra vez, Señor, otra vez ha descendido
> el indomable peñasco la pendiente

dice, en su libro *Cita con la vida,* Carmen Conde.

Métrica

La poesía de Carmen Conde suele encauzarse en versos asimétricos. Esta versificación irregular se evidencia nada más abrir el primer libro. Recordemos que se inicia con un poema de siete versos, dos de ellos

(1.º y 3.º) consisten en una sola palabra esdrújula, de cuatro y de tres sílabas, respectivamente. Otros dos (2.º y 4.º) son octosílabos. El 5.º y el 7.º son heptasílabos. Y el 6.º es eneasílabo

Con la heterométrica se persigue que cada verso contenga la carga expresiva deseada, por lo que Carmen Conde llega incluso a cortar en varios períodos versos de perfecto escandido, como en este ejemplo de iniciación sexasilábica:

Anteayer, jaurías.
Ayer,
hoy...
¿Mañana?

Puede, también, estar manteniendo el poema dentro de una medida regular y de arte menor (el verso de seis sílabas es frecuente) y, de súbito, interrumpir la regularidad mediante un verso largo, ya de medida tradicional, ya obtenido por yuxtaposición de hemistiquios que tampoco son necesariamente iguales.

Así pues, el estudio de la métrica carmencondiana es difícil y exigiría un análisis muy casuístico, al que no puede descender el presente trabajo. Sí conviene señalar, no obstante, la tendencia al uso del verso alejandrino, logrando muchas veces el poema isométrico. El propio primer libro contiene muestra de ello:

Aquí siempre hay silencio, quizá porque la piedra
el más hondo reposo rezuma para el alma.
Los siglos a oleadas vinieron a romperse
bajo la indiferencia erguida de las tapias.

A lo largo de once estrofas se mantiene el alejandrino con sus perfectos hemistiquios de siete más siete, dentro de un ritmo tradicional, mejor que modernista, y sin otras libertades que, en cinco casos, contar el primer hemistiquio con arreglo a su condición de agudo (cuatro casos) o esdrújulo (un caso), como si de versos

exentos se tratara. Pero tal recurso es habitualísimo en los poetas que emplean este tipo de verso.

También hay en el primer libro un ejemplo de poema uniformemente endecasílabo, lo que se repite alguna vez en libros posteriores, como *En la tierra de nadie,* que es el libro más regular en cuanto a versificación.

Cuando alcanza el poema mayor musicalidad —elemento no muy buscado por Carmen Conde— es al emplear el verso de dieciséis sílabas. Resulta sugestivo el encuentro con estas estrofas de cuatro largos versos que marcan una andadura rítmica llena de nobleza:

> Viajando cielos de púrpura contra la caza de un ave.
> Atosigada del fuego, dislacerándome el frío,
> y sin lograr que al alcance de mis manos paralicen
> su fugitiva derrota las cosas y las criaturas.

El libro *Los monólogos de la hija* muestra dos particularidades: se desarrolla en todos sus poemas con octosílabos asonantados, y utiliza, en dos ocasiones, una suerte de diálogo breve, a dos voces.

Mencionado queda el uso de la rima en el párrafo anterior, y debemos apresurarnos a aclarar que no es un uso frecuente y, en todo caso, cuando de manera esporádica surge, no pasa de la asonancia.

La irregularidad del verso, la frecuente falta de estrofas y la ausencia habitual de rima me hacen pensar si no es el estilo de Carmen Conde muy propicio para el poema en prosa. No importa que la evolución de la obra haya seguido el camino contrario, esto es: que comienza por el poema en prosa y pasa al poema en verso, siendo los libros de este último género muchos más que los de la primera fórmula. Lo que me parece importante es que, según creo, Carmen Conde considera la poesía como una efusión lírica cuyo soporte no re-

Durante su ingreso en la Academia, 1979.

quiere una música exterior, sino su propia armonía, su propio ritmo interior. La prosa de cualquier página de *Brocal* podría fragmentarse hasta convertirse en un poema de verso heterométrico; cualquier estampa de *Júbilos* es el desarrollo de un motivo nuclear poético, de una pequeña concentración lírica. Carmen Conde no elabora el poema como un orfebre ni aspira a un puro objeto estético, sino que su poema fluye desde veneros de emoción y belleza aunadas en el cauce de una palabra esencial y esclarecedora.

Con razón decía Juan Ramón Jiménez —y Carmen ha declarado su juanramonismo inicial— que «no hay prosa y verso; todo es prosa o todo es verso». Y, en *El trabajo gustoso,* escribe: «Los verdaderos poetas no usan mucho para su concesión comunicativa las *formas* escritas regulares, sino casi siempre, o al menos cuando están en su mejor momento, las formas inven-

tadas,o convierten las formas rápidas de los literatos en formas ondulantes.» Sin duda es demasiado excluyente esta opinión del maestro de Moguer, pero nos vale para la lectura de la obra de Carmen Conde, como para la de él mismo.

* * *

Cuanto se ha escrito en las anteriores consideraciones en torno a la poesía de Carmen Conde no tiene más fin que acompañar al lector en su acercamiento a la obra de esta poetisa. La imprescindible experiencia personal de la lectura queda ahora abierta con la antología que sigue, la cual, por lo numeroso y extenso de los libros, ha tenido que limitarse a espigar brevemente y quedar limitada a su misión de muestra reducida, aunque se ha procurado que sea representativa.

Antología

(Se ha procurado que todos los libros tengan representación en esta antología. Algunos de éstos están integrados por una suerte de poema ininterrumpido, por lo que la muestra incorporada tiene, forzosamente, carácter fragmentario. Cuando el poema carece originalmente de título, se ha utilizado —al objeto de diferenciarlos mejor en las páginas de la antología— el comienzo de su primer verso, seguido de puntos suspensivos. El último poema que se incluye es el que da título al libro *La noche oscura del cuerpo* y, pese a su extensión, se ha mantenido íntegro por su importancia y por su carácter, que marca la más reciente actitud de la autora frente a la poesía.)

De «BROCAL»

Dormía, y el amanecer me saltaba de hombro a hombro.
Río abajo, navega la luna.
Los bergantines de la mar y las rosas del campo se llenaron de aquella luz mía que era cual otra luz del cielo.
Río abajo, mi corazón.
¡Yo estaba en los álamos, como el viento de la primavera!

EL INDECISO

Niño que estás parado en la tarde, con los ojos vacíos de impulso, ¡grita que eres la montaña!, y el sol se te posará en la cima.

¡Grita que eres el sol!, y el cielo se ensanchará para ti.

¡Grita que eres la vida!, y el universo, que espera tu grito de posesión, se quedará dormido de luz, oyéndote.

ASCENSION

Levántate, me dijeron desde la aurora. Y yo me erguí como la más joven de las yerbas. ¡Qué buen sol en mi cintura!

Levántate más, me dijiste tú. Y yo fui alta, alta; tanto, que las estrellas se hicieron tiernas para no herir mis hombros. Por piedad, amor, ahora que ni veo la espalda de las mares, ¿me dejarás sola tan arriba con la gran rama de mi desvelo quitándome tu sol?

De «MIENTRAS LOS HOMBRES MUEREN»

IX

Cierto que yo no pariré hijo de carne mientras la Tierra haya las furias amarillas de la Guerra.

Tú no estrenarás tu vientre mientras no tengan quietas sus fragancias todos los suelos por donde va el amor.

Yo me mantendré, sombrío luto, entre los muertos que fueron hijos de mujeres que nada pudieron contra su muerte.

X

Cada día tengo un hermano menos sobre la tierra, que se suma a los que dentro de las raíces yacen con las frentes vaciadas de ojos. Cada noche me duele más el sueño, porque si me enlaza, ¿cómo puedo gozarlo mientras los hombres mueren a marejadas? Y yo no duermo, ¡qué locura de noches con el horror presente de la guerra!

Me estoy quedando como un árbol al que le cortan todas sus ramas y sus hojas: ¡mi planta en el suelo, mis sienes en el aire, pero sin brazos para nadie! Si con brazos, ¿para quién si todos mueren?

XIX

Quiero tu hijo, aviador enemigo; quiero tu hijo para enseñarle el cuerpo destrozado del mío, para que te oiga volar, con tus bombas y tus balas, sobre nuestras cabezas.

Dame tu hijo, hombre que guardas en impunidad los tuyos. Dámelo, rubio y luminoso como era el mío; quiero ver que sus labios suspiran junto a mi hijo, que en sus ojos está el llanto de terror de ti. Porque soy madre del que tú has deshecho y quiero que tú me des el tuyo intacto.

No te lo heriré. No le diré mal. Mi voz será pura y ardida para llamarlo. ¡Sólo quiero que te oiga, que sepa de tu vuelo junto a la muerte de mi hijo!

Dame tu hijo, aviador enemigo. Yo te lo guardaré cantándole junto a la tumba del mío, muerto por ti.

XI

Te quiero porque tiembla mi cintura entre tus brazos. Me gustan tu olor áspero, tu viento salvaje, tu carne estremecida de inesperadas corrientes; la serenidad exterior de tu traza y el arrebatado apasionamiento que escondes.

He sido tuya como sólo se es del que nos da hijo. Me has ordenado las prisas, corregido los impulsos; tu solemnidad me hizo soñar siendo señora de mí misma.

Nada me importan tus transeúntes, ni siquiera tus muertos entroncados con la Historia...

Para pertenecerte así había que venir desde el fragor de los otros y del mío; enterarme de la formidable virilidad de tu hechura.

Como la semilla calma la fecunda avidez, así tus columnas, tus pórticos, tus torres, todas tus piedras calientes realizaron su milagro:

Contenerme.

De «ANSIA DE LA GRACIA»

PRIMAVERA

Encuentras mi sonrisa en tu cintura,
flor de la esbelta rama.
Mi gozo de empezar por ti el boscaje,
celeste criatura que me aclama.

Te ríes con mis manos en tu cuerpo,
agua que brincas la montaña.
Con un manto de núbiles tersuras
me envuelves, te derramas.

De collares de voces me cercáis,
aves de pluma muy temprana,
porque canten delgadas avenidas
el frescor y la fiesta de las alas.

BIOGRAFIA DE LA ENAMORADA

Muchacha sin abrir en lumbres de verdor.
De tan tiernas rezuman mis manos
y mi cintura se derrumba en flores.
Flores llevan mis rodillas claras.
Arcos de nardos mis sienes.
Yo, tu Amada:
la encendida luna de los campos.

HALLAZGO

Desnuda y adherida a tu desnudez.
Mis pechos como hielos recién cortados,
en el agua plana de tu pecho.
Mis hombros abiertos bajo tus hombros.
Y tú, flotante en mi desnudez.

Alzaré los brazos y sostendré tu aire.
Podrás desceñir mi sueño
porque el cielo descansará en mi frente.
Afluentes de tus ríos serán mis ríos.
Navegaremos juntos, tú serás mi vela
y yo te llevaré por mares escondidos.

¡Qué suprema efusión de geografías!
Tus manos sobre mis manos.
Tus ojos, aves de mi árbol,
en la yerba de mi cabeza.

CONCIENCIA

Entender los mensajes.
Estar parada en el campo
y que lleguen las voces de todos los pechos mudos
a retumbarme el pecho, volviéndolo sonoro.
Que los cobardes sepan que por ellos levanto
una protesta eterna contra quienes maltratan
esa mísera carne de los que se resignan.
Que los amantes oigan su clamor en mi boca,
y que las flores crezcan en las gozosas márgenes
de mis silencios llenos de música con lluvia.
Que una madre se duela del dolor de su entraña
dentro de las mías, y que un hombre levante
la cabeza orgullosa de su creación más noble
dentro de mi cabeza.
¡Una voz escuchando todas las del Universo!
¡Un mensaje, entendiéndolos todos!
Si esto es mi destino,
¿por qué no cesan de llegarme clamores,
y se callan las aguas, y se duermen las cimas,
y los que siempre buscan se apartan de mi pecho?

MADRE

I. RECUPERADA

Sí. Eres el hueso de mi madre,
pero tu voz ya no es su voz tampoco.
La memoria de ella te rodea...
¡Su joven estatura, su alegría,
aquel ímpetu que me dio la vida!
Su palabra fue marcando mi camino.
Y aquella voz tan alta y vibradora
llega muerta dentro de tu voz.

¿Y tus cabellos...; dónde tus ojos?
¿Dónde el brillo de la luz que me alumbrara?
Están secos como frutos sin estío.
No los veo ni me guían ya tus ojos.

¿Estos son los pechos que yo tuve
en mis labios sin la voz con que los nombro?
¿Es el cuerpo que me hizo, esta traza
de carne ya dormida...?
¡Pesa poco, madre!
En mis duras piernas yo te mezo,
en mis brazos te recuesto como a hija.
Te responden maternales
las entrañas que me diste.

¡Cuánto dueles! Cual un parto
me desgarra tu vejez inesperada.
A tu lado hay una sombra de mi sangre...
El amor con que me hicisteis
aún resuena en mis arterias.

Fue tu tronco el más caliente a mi contacto.
Siempre anduve yo cubierta con tu apoyo.
La conciencia, la lealtad, la fortaleza
ante la vida son las tuyas.
¡Y ahora vienes como un niño ante mis ojos:
no sonríes ni esperas nada!

II. APAGADA

Los senos flotan cual hojas secas en el agua.
Senos arrugados, vergonzantes, casi huidizos...
¡Oh senos de las madres viejas,
ayer henchidos de vida, rezumándonos
la vida blanca, espesa y dulce, de la leche!

Con besos los cerraban nuestros padres.
Con suspiros velaron cuando novios
los pequeños volcanes de los senos.
Grandes flores tersas, bienolientes,
emergían en las nupcias, con su cándido
iniciarse en el amor.

Son palomas, les dijeron. Estos senos son palomas.
Las manos se ahuecaban por su espuma,
desnudándolos...
Y debajo del amor estaba el hijo:
otra boca que prendía su contacto vacilante
a los picos, a las alas de los senos.

III. MI LLAMA

¿Es que sabe mi madre de dónde trajo mi vida?
Se encontró conmigo un día como con una tormenta.
No sabría tampoco qué hay que hacer con el rayo.
Ni si a la lluvia frenética es posible oponerle
una orilla inflamada de llamas.

He buscado en torno mío hasta saberme sola.
Antes de mí, en mi raza, no conozco a otros seres.
¿Quiénes fueron los míos, dentro ya de mi sangre?
¿A qué otros mi cuerpo, a qué otros mi alma
continúa en la tierra?

Si se lo dijera a ella no sabría contestarme.
Tan ajena es mi lengua como le son mis ojos.
Madre, ¿sabes tú por ventura
por qué soy así yo, de quién es la nostalgia
de tantos paraísos?

La poblaría el silencio buscándole en su entraña
la raíz de las mías, y el hontanar violento
que manó mi corriente como un corcel de espuma.
Entonces se podría escuchar la distancia
que entre nosotras hay, siendo ella mi origen.

Una madre es la cueva de donde arranca el río.
Una madre es la tierra por donde corre el agua.
Pero el río..., ¡va tan lejos a buscarse océanos!
Y la tierra: en lo hondo, silenciosa, ignorante,
encima de otra tierra que también desconoce.

SUPLICA

Porque es la misma tierra.
La única desde el principio.
Todos fueron pasando por ella,
yéndosele, viniendo...
Tierra misma de sí,
inalterable.

La conozco también. Y no la quiero
sintiéndola dormir en sus dolores;
o viéndola despierta, loca odiosa,
haciéndonos sufrir sin comprenderla.

Entonces yo levanto mis aullidos,
y clama mi razón por no perderse.
Soy fiera de la tierra, soy su hija,
mas nunca fui del todo su criatura.

Los ojos se me escapan.
Buscan cielo con luz,
piden historia.
Mancebos fugitivos y con alas,
hombres como aves muy hermosas
sonríen a mis ojos,
los invitan.
¡Vosotros los arcángeles, oídme;
os sigo y reverencio; traspasada
soy tierra que os prolonga!
Sed el cielo,
y unidos descended para llevarme.

GRACIA

Van a cantar las aves. Lo siento en mis costados.
Porque me tiemblan alas que nunca vi crecer.
Y súbitos los árboles sacuden sus mensajes
para que yo los coja y lleve por el viento.

Van a brotar más fuertes. Escucho que la tierra
desliza por mis plantas sus tibias humedades;
y un arroyo no nace si una mujer no quiere
que le ciña las piernas con su lienzo delgado.

Sé que vienen jardines. Sé que brincan corceles.
Aprender todo eso me ha costado la vida.
Y os la dejo en el mármol, por si alguno la hallara
y quisiera saber cómo se olvida tanto.

CANTO PRIMERO

I

Es mía y no mía la muerte.
Es la muerte de los que nacieron conmigo
y cansados de ver morir o de matar,
van muriéndose en cuerpos que se resisten
a dejar de ser vivos.
La muerte va dentro, sin espasmos funerales,
grandiosa a fuerza de copiosidad.
Se fue quedando la risa triste
en sus fanales de labios...
El bosque de los que no resistieron morir,
pulula en torno mío.
¡Es un bosque que canta en cien leguas
sus salmos de eternidad!
Me he dormido en el umbral de la luz y no hallo
más sombra que mi adhesión a la Sombra.

¡Nadie puede levantar a los muertos!
¡Con tal velocidad se deshacen!
Un muerto es un charco muy pronto:
un pequeño y odioso charco oscuro,
que no recuerda a nada vivo...
No se comprende, viéndole,
que los pies hayan sido otra cosa
que hueso con líquido miserable escondido,
capaz de llevar a los otros charcos a lugares
donde la oquedad del cráneo se llenara
de lúgubres resonancias.

¿Qué vino reconocería su siembra
en el vino mefítico que es un muerto
hecho este charco de ausencias?

II

Y así la rigidez
antes de licuarse toda la carne.

Una rigidez que ha derrotado
—seca, envidiosa y estéril—
la cálida libertad del cuerpo:
su olorosa agilidad, su avidez del gozo...
Rigidez que desembocará en una
blanduzca fofedad pavorosa,
después de aprisionar, estrangulándolo,
el brío apasionado,
la caliente sensibilidad de miembros.
Una rigidez horrible clavando los brazos,
las piernas, en palos ariscos y odiosos.
Rigidez que no dura, pero sí lo bastante
para destrozar la tersura del cuerpo.

Cuando las pequeñas y delicadas membranas
que vibraron el latido de la sangre
se van quedando duras,
una red sutilísima de venas,
detenido su bullicioso riego,
forma estrías negras en el mármol del cuerpo.
El corazón pesa
porque es piedra inmensamente apretada,
sin ley posible de liberación.

Ese instante,
blando todavía el muerto,
en que la vida se evapora porque era alcohol,
y su llama la apaciguará el misterio,
la muerte no sabe
estar muy distante de la vida.

Es preciso que llegue, fría y viscosa,
la rigidez que no inmoviliza
a cabellos y uñas...
Y llega, ¡lo sabéis!

Llega segura y efímera,
poseyendo al que fue continente del movimiento.
Solamente eso.
Que el soplo, el gesto, el ir y volver del vivo,
no pueden endurecerse nunca.

V

Este seno,
una ampolla de líquido terroso.
El otro, un hueco pestilente
por donde aprende a vaciarse el corazón
de toda la densidad que le apesaraba.

Y el vientre, roído.
Las piernas abrasadas de mordeduras implacables.
¡Los cabellos pegados a la martirizada cabeza
con sudor de pensamientos postreros,
queriendo ser para la noche
lo que fueron para la luz!

¡Sobre mi voluntariamente insaciada boca,
mis eternamente hambrientos ojos,
derramados ya a la putrefacción que odiaron
desde que se supieron boca de amor,
y ojos de imágenes!

¿Por qué mis manos también?
¿Por qué no intactas ellas, salvadas,
milagrosamente libres y puras?
Nadadoras de la muerte líquida,
captadoras del vuelo hacia la selva inimaginable,
imanos mías de hoy,
vivas manos inteligentes y con voz propia!
¿Por qué he de veros muertas yo,
cuencos de gusanos vosotras las mías?
¡Salvaros de mi muerte, huidme!

XI

¿Con quién,
para quién la resurrección?

¿Qué falta hará que mi carne vuelva a encenderse
y recobre su cualidad
de gozar y sufrir...?

¿Qué cosa no hecha
con ella misma, la aguarda?

¿No fue bastante larga su vida
en tantísimos siglos de cuerpos,
que haya de rebrotar
de florecer
de presenciar otra vez su cortejo
repetirse hasta lo eterno?

¡Cuánto más bella mi alma!

¡Qué inmensamente bella el alma mía
ya libertada, perdonada, en lo imposible de imaginarme!
No puedo saber, sino que temo
esa vuelta a vestir de mis huesos:
jocunda fermentación de la pulpa muscular,
para que mis brazos y piernas,
senos y hombros recobren
la redondez graciosa de la juventud.

¿Con quién iría
si así me viere forzada a ser de nuevo?
¿Recobraría también mis sentimientos,
los que me van haciendo posible este vivir;
o mi corazón renacido sería ya ajeno,
indiferente a todo lo de ahora?

Sin amor del mundo,
sin sentírmelo dentro,
¿qué podría yo hacer en la carne resucitada?

De «MUJER SIN EDEN»

ARROJADA AL JARDIN CON EL HOMBRE

La rama de lumbre de la espada
segó los tallos de todas las hierbas.
Me empujó violenta y fúlgida,
precipitándome del Jardín Edénico.
Vino Adán por mí al gran destierro,
mas sin llorar... ¡Yo sí lloraba!
¿Quién era de nosotros el culpable:
la bestia que indujo a mi inocencia;
Aquel que me sacó sin ser yo nadie
del cuerpo que busqué, mi patria única?
No soy yo sustancia de Dios pura.
Hízome El del hombre con su carne,
y allí quise volver: hincarme dentro.

¡Cómo crepitaba el bosque! Infatigable el Angel
cortaba con un rayo flecoso de pavesas
ampollas de las flores,
las ánforas de aves que albergaban
un éxtasis sin gozo, terminándolo.

Bramaron ya por mí hasta los árboles,
y el pasmo que yo di corrió ondulando;
volcándose a unos cuerpos, de otros cuerpos.

La bestia sonrió; yo vi su risa
vestir mi desnudez nunca desnuda.

La voz decía: «Vete.
Los dos idos de Mí. Vuestro pecado
irá de uno a otra hasta que un día
estéis secos los dos en vuestros hijos.
La tierra os cubrirá. ¡Buscad la aurora,
pariendo con dolor tú, la despierta
del hombre sin malicia!»

Resbalaba
viniéndose conmigo la serpiente.
Espíritus de fuego el bosque andaban
poniendo su temblor entre mis senos.

Corrimos temerosos. No entendíamos.
Cada vez la espalda de mi origen
pedía más la ardiente quemadura...
¡Mis brazos y mis labios! Yo corría
por irme desde mí hasta *su* lecho.

Apenas si la espada vengadora
dejaba un solo ramo ante nosotros.
Las aguas repicaban desveladas;
los nuevos animales conocían
el mundo que yo les desperté.
Igual que la creación: yo había creado
la gloria de seguirla, de crearla
por siempre con lo mismo ya creado.

¡Oh Dios de Ira, cuán severo
que fuiste Tú conmigo! Me arrancaste
del hombre que pusiste entre las fieras.
¿Por qué te sorprendió que le buscara;
por qué tuviste celos de mi lucha
por ir de nuevo a él...?
¡Siempre tus ángeles
blandiendo sus espadas!

Lujuria, Fuego,
en árboles y en puertas que me aúllan.
Cólera rugiente entre tus barbas,
miraste mi creación junto a la tuya...
¡Los seres se fundían unos en otros;
rebosándose desbordadamente,
iban a pedir al cuerpo amigo
el gozo de temblar que me aprendieron!

Podía tremolar su espada el Angel.
Las hierbas crepitar, abatir ramas.

De verdes resplandores el silencio
cubrían los leones y los pájaros.

Mis plantas soportaron que las piedras
no se pisen igual que el Paraíso.
El hombre andaba con dolor de estreno,
con nostalgia feroz, ávido siempre,
a hundírseme en amor... ¡Cuánto pesaba
el hombre sobre mí, sobre la tierra,
sin Dios y con la bestia: los dos juntos!
¿Era inefable el Paraíso?
¿Fue tan bella en su inocencia
la mansa ignorancia de los seres?

También yo fui cual ellos inocente;
después de amarle a él seguía siéndolo.
El Angel y su antorcha me acusaron...

¡Imán, sangre del hombre; me atraía
oírla entre mis labios; su respiro
abríaseme en la boca, flor de dientes
mordida por mi voz en su crecida!
Dios no supo, porque El es todo,
cuánto atrae lo mismo en dos mitades.

Miré hacia mi confín. Con cepos fúlgidos
cerrábanse las selvas: Dios huía.
Y los ojos del hombre me buscaron
con hambre de soñar. Le di mis ojos.

Juntos y malditos, deseándonos,
seguidos por un coro de estertores,
guiados por la bestia esplendorosa
nos fuimos alejando...
Las hogueras
prendidas por la espada como zarzas,
nos dieron otros seres: las dos sombras
que él y yo ganamos padeciendo.

¡Cuánta imperfección se revelaba
delante de mis pasos! Tierras secas,
piedras y más piedras, y más piedras...

¡Amor de mi Jardín, Edén primero
creado para Dios y para el Hombre!
El silbo de sus auras recorría
las frentes que el placer sacó de fruto.

LA PRIMERA FLOR

Esta flor ya fue mía. ¡Pura y tierna campana
que su olor me volcó sobre la espalda húmeda!
La perdí en el Jardín, y me la encuentro ahora
contra mi cuerpo exhausto de trabajar la tierra.
Yo dormía ignorándola y me empujó latiendo
junto al costado seco, mejor que el corazón.
¡Una rosa, la Rosa, que me nace a mí sola
acompañando dulce mi desterrado sueño!

Primer contacto fresco con lo que tuve antes.
Terso perdón que llega con olor arcangélico.
Palabra de sentidos con espíritu intacto
salvada de la hoguera que arrasara al Jardín.
¡Oh la flor del destierro, la que bajo mi carne
es más joven y erguida que en su tallo difícil!
Desgarrando cortezas que hostiles se me oponen
un dardo de perfumes nos clava en llamaradas.

Era el trigo el anhelo, lo que sembramos ávidos.
Recordaron sonrisas por la espiga mis ojos,
y en el pan sollozamos por un hambre calmada
consolando el sudor que ganarlo nos cuesta.
¡Que regalo es hallarte sin haberte trillado,
sin que las mies te eleve para mi boca joven!
Ociosa vida tuya que magnífica ofreces
sin pedirme que sufra: para gozarte Rosa.

En tus cien avenidas como anillos de olor
van tomando mis dedos lo que sólo tú eres:
la piel de mis rodillas, de mis hombros la curva,
y de mi vientre el cuenco que te copia redonda.
Fragancia generosa, te asumiré extasiada;
rosa que en frenesí de inesperado júbilo
advienes a mi noche de compactos luceros:
te cambio por el sueño, por el pan, por el agua.

HABLA DE SUS HIJOS A DIOS

Sé por qué le miras sin amor. A Caín rechazas
por semilla en tu Jardín sin Tú quererlo.
Nació Caín en yermo, pisó caminos agrios,
tomó desde mi vientre rencor, celos de Ti.
Criatura de tu ira, con ira te responde.
Temiendo tu violencia te busca la sonrisa
con frutos de la tierra, ¡a Ti que no la amas
porque es mi gran refugio, a donde traje al hombre!

Caín es la memoria del hálito maléfico
que me sopló la bestia para encolerizarte.
Un hijo que entre aves y zarzas sin espinas
cuajó en mi entraña nueva, en la primera entraña
para el hijo primero que el hombre dio ignorándolo.

No has de quererle Tú. Pero si no le quieres,
Caín será enemigo del que prefieras luego.
Y matará al hombre que, aunque su hermano sea,
alcance de tus ojos un mirar de ternura.

Le olvidas por ser mío, simiente del Edén...
Abel que es de la tierra te gusta, lo conozco.
Es fruto de las noches, que, amigos de la sombra,
el hombre y yo engendramos soñando tu Jardín.
¡Nostálgicos del Río, del resplandor magnífico
que repartía tu rostro, la suma de luceros!

Por ello tú le amas, porque Abel te contiene
en ansias de tu luz que es añoranza eterna.
Caín surgió a tus plantas, caliente de tu boca,
del Arbol que burlaba tu orden de exclusión...
Pero la muerte acecha. ¡Que el preferido llegue
al Arbol de la vida! ¿Requerirás, furtivo,
quitándole a la tierra su criatura
de abrojos y de cuevas, de terrores y luchas
hasta amistar sus ojos con las tardes de sol?

Caín lo sabe todo. Tiene zumos del Arbol
que calentó su brote cuando yo no sabía.
Caín es del Edén; su tristeza le envuelve
más dulce que la piel de cordero que viste.
Conoce que su hermano, el nacido en destierro,
no puede reprocharte que te guardes tu gloria.
El dentro de sus tuétanos contiene sacudidas
que fueron las primeras que iniciaron las razas.

Tú odias a Caín, ¡y mantienes el Angel
alrededor de aquello que a tu Abel salvaría!
Mantienes la justicia que vengará en mis hijos
aquella augusta hora de gorjeos transida,
cuando flotaba el musgo conmigo y con el hombre,
abandonados juntos a la corriente sabia
que sosegadamente nos revelaba todo.

Mazorca, espiga, tronco... Abel es un sembrado.
Caín caza sañudo. Caín devora a solas
mi dolor y el suyo, y el dolor del hombre.
Abel, pastor de nieves, siempre sueña y te busca...
¡Qué blanco pecho el suyo!

... ¡Qué frío lleva el cuchillo
Caín en su cintura!

LA MUJER NO COMPRENDE

¡Cuántas veces a estéril has condenado mi vientre!
¿Por qué luego que otra, Agar la egipcia pariera,
hiciste que mi entraña doblara su existencia?
¿Por qué Abraham fue cobarde, por qué Isaac fue cobarde?
¿Por qué los dos dijeron: «Es mi hermana», de mí?
¡Ay Señor, cuánto duelo en mi cuerpo permites,
dejándome sufrir sin piedad de mi enojo!

Aquella tarde roja del calor del estío,
cuando acababa el agua Ismael se moría,
¿por qué esperaste tanto la voz del joven hijo
y no oíste la mía, espesa y desolada?
¡Qué grande era el desierto de Beer-Seba el ardiente,
y cuán pronto tu ángel abrió con tu mandato
una fuente de aguas que llenó nuestro odre,
para la sed de tierra que a Ismael recomía!

¿Y en el valle de Mamre, cuando tres mensajeros
vinieron junto a Abraham, por qué, dime, hiciste
que al venir a Sodoma —a la bestia entregada—,
y buscarles los hombres, pues eran tan hermosos,
nadie viera mujeres en amor: sólo hombres
que pedían hambrientos, desdeñándome a mí?

Lot, Señor, me ofrecía: yo era dos hijas suyas
en espera de amar; por salvar los mancebos,
Lot, mi padre, nos daba a los hombres rebeldes...
¡La ceguera cayó sobre ellos entonces,
fulminada de arcángeles que sufrían su ira!

Desde Zoar oímos crepitar dos ciudades,
el azufre y el fuego arrasaban Gomorra.
¡Las llanuras en flor, los rebaños, los hombres,
todos fueron raídos de la tierra horneada!
Dime ahora, Señor: ¿por qué me convertiste
en estatua de sal cuando volví los ojos?
¡Nunca admites, oh Dios, que yo quiera saber!

En las hijas de Lot, que perdió su mujer,
la inquietud de la especie comenzó a rebullir.
Y le dimos del vino porque se adormeciera
y entrara a nuestros cuerpos de vírgenes conscientes.
Los tres varones justos quemaron a los yernos
que desdeñaron agrios nuestro contacto puro.

Unas veces le niegas que me siga a tu hombre.
Otras niegas el hijo a mi cuerpo doliente...
Y hay momentos que baja tu voluntad fecunda
y soy un manantial de hijos que te loan.

Si soy Sarah, perdonas. Si soy Agar, ayudas.
Si la hembra de Lot, no perdonas que mire.
Y me dejas que yazga con un padre embriagado
y no escuchas mi voz, que es un cardo sin flores.

SUPLICA FINAL DE LA MUJER

Señor, ¿Tú no perdonas? Si perdonara tu olvido
ya no pariría tantos hombres con odio,
ni seguiría arando cada día más estrechas
las sendas de los trigos entre zanjas de sangre.
La fuente de mi parto no se restaña nunca.
Yo llevo las entrañas por raíces de siglos,
y ellos me las cogen, las hunden, las levantan
para tirarlas siempre a las fosas del llanto.

Señor, mi Dios, un día creí que Tú eras mío
porque bajaste a mí alumbrando mi carne
con el alma que allá, al sacarme del hombre,
metiste entre mis huesos con tu soplo de aurora.

Mas, ¿no perdonas Tú? Y no es gozo el que tuve
después del gozo inmenso en el Jardín robado.
Me sigues en la tierra, retorciendo mis pechos
con labios de criaturas, con dientes demoníacos.
No hay lecho que me guarde, ¡ni de tierra siquiera!
Los muertos me sepultan, y obligada a vivir
aparto sus plomadas y vuelvo a dar la vida.

¡Oh tu castigo eterno, tu maldición perenne:
brotar y aniquilarme lo que broto a la fuerza,
porque un día yo quise que el hombre por Ti hecho
repitiera en mi cuerpo su estatua, tu Figura!

¿Sembrando he de seguir, pariéndote más hombres
para que todos maten y escupan mis entrañas
que cubren con el mundo los cielos, tus estrellas,
y hasta el manto de brisas con que Tú paseabas
por tu Jardín soñado, cuando yo era suya?

¿Por qué me visitaste, Señor? ¿Por qué tu Espíritu
entróse a mi angostura dejándome tu Hijo?
¿Por qué te lo llevaste a aquella horrible cueva
que el odio de los hombres le abriera como tumba?
¡Oh! ¿No perdonas, Dios? Pues sigue tu mirada
teniéndome presente: joven, bella e impía
delante de tus árboles, que yo ya ni recuerdo...

Pues soy vieja, Señor. ¿No escuchas cuánto lloro
cuando el hombre, dormido, me vuelca su simiente
porque Tú se lo ordenas sin piedad de mi duelo?
¿No ves mi carne seca, mi vientre desgarrado;
no escuchas que te llamo por bocas estalladas,
por los abiertos pechos de niños, de mujeres?...
¡En nada te ofendieron, sino en nacer!
Soy yo la que Tú olvidas, y a ellos los devastas;
me obligas a que siga el lúbrico mandato
de aquella bestia horrible nacida en contra mía.

Tan vieja soy y labro. Tan vieja y cubro muertos.
No estéril porque quieres que sufra mi delirio
de un solo día hermoso del que guardo el aroma.
Ni Tú, Señor, lo olvidas. Que por ello me quejo.

Soy madre de los muertos. De los que matan, madre.
Madre de Ti seré si no acabas conmigo.
Vuélveme ya de polvo. Duérmeme. Hunde toda
la espada de la llama que me echó del Edén,
abrasándome el cuerpo que te pide descanso.

¡Haz conmigo una fosa, una sola, la última,
donde quepamos todos los que aquí te clamamos!

Yo nunca fui dichosa con la bestia maldita,
y siempre te soñé entre tus árboles cándidos.
Con tus coros de cisnes, de almendrales floridos,
y aquel olor de lirios derramándose.

Tan vieja..., tan cansada... Espuelas que me rajan
son las piernas del hombre. Líbrame de ese yugo.
No puedo amarle más ni enterrarle. No cabe
ni yacente ni vivo sobre la tierra negra.
Porque Tú perdonaras, porque al fin olvidaras.
¿Quién si Tú eres Todo, de no ser Tú podría
darte un Paraíso por el perdón que te pido?

FUGA EN LOS JARDINES

Las más jóvenes, deseándoos, avanzan
por estas avenidas de árboles fragantes.
Evaden primavera que a las flores oxida
con un ardor oliendo a frutas, a corceles...
¡Qué salvaje presencia la de las hembras púberes
entre glicinias cálidas, entre celindas vívidas!
Exigen que las amen, que las sigan corriendo
para volcarles júbilos sobre la orilla ebria.

¡Muchachas, corred más: corred hasta la aurora!
Estos grandes varones de los pechos revueltos
ansían desgranaros, ¡oh mazorcas crujientes!,
con su hambre de bocas y su hambre de frutos.
Hasta el río, que es tajo delimitando sueños,
huele a amor y a festines...

Han temblado los álamos al estallar unánimes
los oscuros latidos de dobles ruiseñores.
Los regazos del musgo, el frior de los juncos,
contemplando el encuentro aceleran su verde.
Es un cántico trémulo, en gargantas sorbido
por el amor abierto en mitad de la selva.

¡Corred siempre, muchachas, que el seguiros excita
el ardor de cogeros, suyas todas, a hombres
que de fieros esgrimen el ademán tan sólo!
Y envolveos en ropas de blanco lino puro
para mojar con ellas esos cuerpos calientes,
y amanecer ceñidas, ante el amor que vibra,
por el celo del agua posesor de las vírgenes.

IMPRECACION

Años cuarenta aquí, debajo de tu olvido...
¡No me digas que sabes que me mandaste llegar!
No sabes nada de mí, ni lo sabrás ya nunca,
porque estos años que cuento no valen siquiera
lo que una cosecha de trigo.

Nadie comió de mí,
nadie tomó mi sombra...
Vinieron hambrientos y se fueron con hambre;
trajeron su sol y se llevaron su brasa.
Me dejaron sola, callada, cansándome
de ver y de oír, de amarlos a todos.
¡Cansada de quererles, sin decírselo a nadie,
que el pudor de mi amor es un hierro de fuego!

Aunque ahora te hable, yo no creo que oigas.
Tengo una voz muy mate, y no suena contenta.
Es la voz de una amante, que no tiene ilusiones;
de una mujer domada,
de una madre en herida,
de unos años, cuarenta, llamándote a ti.
¿Dónde estás? Cuando te lloro en mi alma
abres como una luz en mitad de la carne,
y busco gozar de ti, poseer tu hermosura,
nombrarte los momentos de secreta alianza.

Son muchos años ya; me canso de tenerlos
porque van, ¡ay de mí!, hacia lo más temido...
¡Qué buen momento éste, qué inefable descanso,
si recordaras algo que yo ocupo en tu mente,
y me dejaras irme,
y me llevaras sola,
y me durmieras pura y serena y tuya,
en un mediodía tibio con tus claras palomas!

EVIDENCIA

Los hombres miran allá y no ven hombres.
Las mujeres solamente ven niños.
Los caminos se cubren de madres viejas,
de madres muertas,
de madres clamando a Dios
porque sus hijos
seguirán estallando las noches.

No se abrirán muchachas.
No crecerán muchachos.
Por el sucio campo, viejo y amarillo
de Europa,
ni una gota de agua,
ni una bestia apacible:
madres, hijos pequeños y sed.
¡Horrible sed de amor, de fuentes, de ríos,
de lluvias con campanas de truenos!

Lo veo y lo digo.
¡Funeral boca mía
con calor para vida eterna, y fuerte
vida de amor sin fin!
Ellos no quieren oír, porque lo saben.
Ellas siguen pariendo, aunque lo saben.
Las madres viejas y secas
con rugosos pezones que gimen,
saben que el abismo se ha vuelto a abrir.
Y que a él, a la nada sin luz,
vamos todos jadeándonos.

Es por ello tan sólo, Señor,
que mi voz sin ventura te invoca:
que detengas la vida, la ciegues, pues Tú
ya conoces el Caos.
Y tu caos
tiene hervor de futuro implacable.
¡Y es tan lento saber y callar,
y dejarles que vayan, que vayan siempre allí, sin fe!

ORIGEN

Busques por donde busques,
encuentras que todo es suyo y que todo
le pertenece sin límite.
Fuente y resumen,
debatido y batiente,
mortal, a su sima concurres;
de su cima te viertes.
¡Anillo de llamas y de vientos,
anillo de mares,
de tierras resplandecientes!

Embriagado de luz,
de vitalidad oceánico,
crees que te alejas, liberas
porque en otros como tú te hincas,
vertiginosamente.
¡Y está contigo, dentro del otro
que te toma o se entrega
para hallarse con él!
No hay escape posible, mortal.
Ríndete gozoso, acepta
que la suma te invada
tumultuosamente.

Un contacto levísimo, el roce
de un ala...; o el gemido
de un ave que muere.
La bárbara trompa del viento
desconcertando el ritmo
de canciones dichosas.
La jadeante música
de inmensa llanura, anegada
por dura tempestad...

Sí; todo es suyo. Lo mana,
rezuma o precipita su ternura,
o su delirante cólera.
Tú estás allí, sometiéndote
al árbol con sed o al diluvio.
Y si contemplas,
encuentras su heredad inmensurable
dentro de tu corazón.

De noche, al alba,
en plena mitad del día..;
si ciñes o si te ciñen
brazos de amor..., ¿de quién te crees
que suyo no lo sea, como tú?
¿Hay algo en la tierra,
el fuego siquiera,
que no le pertenezca entero?

¡Su vasta posesión...!
Es dueño
de todo lo que existe;
de cuanto puede existir, si deja
que nazcan de sí las cosas.
No busques libertad que viva
por sus propios recursos.

Es dueño de ti y de ella
aunque no lo comprendas.
¿Y adónde irías, si el mundo
te entregara el misterio
de vuestro ser?...
¡Oh dichosa prisión de su boca,
que no dicta el secreto!
¡Clausura indecible
de todas las claridades!

Es cerrando los ojos hambrientos
como se *ve* su bulto.
En el alma se siente su peso,
y en las sienes retumba

el silencio elocuente...
No confieses su voz; la conocen,
como tú, en las tumbas.
Sí. Hay que morirse, lo sé,
para hablarle despacio.

Para hablarle despacio, morirse.
¡Vivir es escucharle!
Monólogo es su luz; su tierra, impura,
y bendita de pan y de flores.
Para sí mismo quiere
la gruesa voz del cosmos.
Tú, escucha; comprende; coge
su eterno monólogo.
Ya llegará la hora
de todas las respuestas; el día
de todas tus preguntas.
La exacta mitad, la dicha
dialogante, compartida.

Apriétate a ti mismo, gira
semejante a un planeta.
Verás que en todo vibra
su callada presencia.
¡Cállate y escucha;
no mires, no fuerces el oírle!
Menudísimo murmullo, su respuesta
no la alcanza el empeño...

Sí la abandonada entrega;
la ardiente contemplación.
Lentamente, mortal que no te encuentras
invadido de amor,
ve olvidándolo todo...; rechaza
el recuerdo más leve.
Húndete en el mar, descansa
en la corpulenta ola.

¡Oh dulce criatura terrena,
abandonado cuerpo;

cómo te enseñan a ver
la luz dentro del agua!
Suyo, palpitante o laxo,
¡suyo como el mar y el cielo!

—¿Adónde iré —te dices—
para encontrar su forma?
Y está cubriendo prados,
cadenas de montañas, ríos;
cubriéndote en el sueño,
en la vigilia,
con manos de creador inagotable.

Empéñate en sacarle
de tu propio entresijo.
Arráncalo de ti, destaca
de tu criatura el vasto
elemento que es él.
Colócalo delante
de tu misma estatura.
Sin palabras, abrazado a tu cuerpo
en violencia del suyo.

Verás cómo se yergue ante tus ojos,
recompone el deshecho
lugar de tu batalla...
¿O prefieres, mortal, que su hallazgo
no restalle violencias?
¡Oh silencio purísimo!,
¡oh concierto!, ¡oh el ansia
sometida al oscuro
palpitar de la espera!

Rechaces o concilies,
escuches o le interrumpas,
de todo participa su sustancia.
No hay escape, mortal
—ni tú lo ansías—,
aunque parezcas libre.
¡Redonda plenitud, aire que arde;

marea que la brisa desintegra
poblando con su vuelo el cielo ajeno!

Esfera conteniéndote; el Origen
y causa de tu ser... ¿Cómo te encuentra,
aun antes de morirse, el que te cerca?

¡Palabras o silencios;
acuciantes o tiernas exigencias
amorosas!...
Cerrad vuestro clamor,
sed como es el dueño
de todo lo que es vuestro sin reserva:
en todo cuanto es, y en lo que vuelve,
fluencia inagotable de presencia.

De «MONOLOGOS DE LA HIJA»

TEMOR A LA IMAGINACION

Está la tarde tan gris...,
madre mía, tengo sueño.
—Hija, ¿por qué no te duermes?
Madre, porque tengo miedo.

—¿Tienes miedo de dormir?
De dormirme tengo miedo.
—¿Qué cosas temes del sueño?
¡Del sueño todo lo temo!

—¿Temor del sueño, si nunca
te vi despierta en mis brazos?
«Quiero dormirme», decías
por las noches, muy temprano.

«Dormirme, madre, dormirme;
coger sueño con las manos.»
Yo te quería despierta;
tú te negabas a estarlo.

¿Y ahora me dices que temes?
Dime, hija, ¿qué ha pasado
en tu corazón dormido,
que lo quieres desvelado?

¡Ay, madre!, que se acabó
todo lo que fui sacando
de la vigilia del alma
para mis noches de encanto.

Que ya no encuentro los cielos
ni las mares, ni los pájaros,
ni aquellos ojos de amante
ni aquellos labios esclavos.

Que lo que espera es de luto,
que lo que llega no es blanco;
que las palabras que oigo
ni las palabras que hablo

son palabras que me alivien
los fulgurantes espantos,
que redoblan en mi cuerpo
como cascos de caballos.

Y tengo miedo de irme
una noche, con los barcos
de pavesas y de aulagas,
con mástil empavonado,

por aguas gruesas de aceite
en rumbo de acantilados
que destrozan con sus dientes
a los que los van singlando.

No me dejes que me duerma.
Despierta, yo los rechazo.
Son unos largos cuchillos,
unos cuchillos tan largos

que cortan el sueño, ¡así!
mordiéndoles un tasajo
que chorrea vendavales
de sangre color topacio.

¿Por qué mi sueño encontró
tan erizado archipiélago?
—Hija, porque estaba allí,
dentro de ti, esperando.

¡Yo nunca me lo encontré,
nunca lo tocó mi mano!
—Porque buscabas estrellas
y ahora las has olvidado.

¿Cuándo se busca en el cielo...?
—Siempre sé que ha contestado.
Pero yo dormía, madre.
¡Yo nunca le he preguntado!

—¿Y por qué no le preguntas?
Anda, ven a mi costado.
¡Después de todo, una madre
es la madre al fin y al cabo!

Esos sueños tan voraces...
¡los sueños me han devorado!
—Y las vigilias, y el ir
con los ojos deslumbrados;

¡y querer que todo fuera
como soñabas! ¿Te canso
recordándote que ibas
como un ángel descielado?

Eres mi madre, te escucho.
¿Por qué te callas el llanto?
¡Si me volvieran a ti,
al vientre deshabitado...!

—Cuando se nace una vez
ya no hay muerte en el espacio.
Si te incorporara a mí,
¿encontrarías descanso?

No lo sé, ni ya lo espero,
¡Era tan ancho y tan alto...!
Sólo sé que lo perdí.
Despierta no lo he encontrado.

Despierta quiero quedarme.
Me moriré despertando.
¡Yo tuve un sueño de Dios...!
Con Dios estuve soñando.

De «EN UN MUNDO DE FUGITIVOS»

DESDE EL PRINCIPIO...

Desde el principio del mundo viene corriendo ese muerto.
El que empezó siendo intacto muchacho sacrificado
por su hermano el maldito, y que luego
se puso viejo y tan duro como el metal más sombrío.
Las naciones le abren paso, le dejan que asiente su peste
y crezca la podredumbre porque él recorre caminos.
¡Ah, muerto inmenso y pavoroso, ineludible hombre impuro
que nos hiedes con tu olor y con tu empuje de horrible brío!

Todos le precipitan niños y mujeres embarazadas
para que no se acabe nunca y coma blandas criaturas
con sus mandíbulas hueras, y coja desde las órbitas
de su calavera las imágenes y rompa el sabor de la vida.

Muerto. Muerto. Muerto... Te repetirán milenios,
y tú seguirás andando por encima de los días
y de los mundos de este mundo, comiéndote a los vivos,
que si temen que les muerdas con tu vacía dentadura,
gustan sádicamente de ti, de tu contacto,
y mienten que te llaman, pero se arrojan a oleadas
para que los pises y carcomas, gran podrido diabólico.

CANTO AL HOMBRE

Cuando eres, como ahora, hermoso y fuerte, yo te amo.
Cuando el viento se doblega para ti, cuando a la tierra
tú la rindes, yo te amo. Yo te amo por osado,
y te amo por heroico, por audaz y porque ofreces
tu hermosura y tu valor. Por derramado.
Firme tú sobre las nubes, navegando los espacios.
Duro tú sobre las aguas, descollante tu estatura
en lo azul del océano... Hombre joven que lo afrontas
cual un elemento más, siendo tu el lazo
de elementos de creación. Yo así te amo.

Desde lejos y despacio, torpemente en el comienzo,
tu andadura cada siglo acelerando... Así has llegado.
Y ya domas a los mares y a los cielos; los cabalgas
como potros tan salvajes como fuiste. A los astros
los asedias sin temor. Igual que un astro, que otro astro
participas del secreto compartido, constelando
como ellos mi cenit. Hombre, te amo.

Yo te amo y te contemplo, yo te admiro y yo te exalto.
E ignorando cómo cantan los arcángeles, te canto.
Mientras seas como eres, una luz entre las sombras,
una luz sobre los bosques, un clamor desde los labios;
mientras cantes y sonrías, esperanza de otro tú ya menos
[agrio,
hombre joven, hombre fuerte, hombre hermoso, yo te amo.

Aunque guardas en tus ojos viejas piedras del basalto
que formaba las murallas de Proverbios y del Cántico,
ya despierta tu mirada a la ternura enajenados
resplandores fugitivos de piedad por lo creado.

Como un hacha cortas tú, y eres tan blando
que te rayan las plegarias y el amor. Eres compacto
y flexible, quebradizo, vulnerable... ¿De qué rayo
fulminóse lo divino contra ti? No te ha abrasado
ni la cólera de Dios, ni su contacto.
Sobrepasas a tu propia lava impura, en sobresalto
de promesas y derrotas... Ajeno y amplio
como tierra y como el mar, como el espacio.

Pero hermoso, pero audaz. Loco de siembras,
que no estrellas, sino mundos, vas hincando.
Empujaste las cavernas, destrozaste las pirámides,
desecaste los diluvios, apagaste los volcanes,
arrancando del planeta a los bienaventurados.
¡No volvías tu cabeza de oro puro a lo pasado!
Por cruel y por ardiente, yo te amo.

¿Quién no aleja para ti lo que has huido;
quién no llora por tu amor lo que has matado?

Nunca yo que te contemplo; nunca yo que me he entregado
a la sangre y al gemir de tantos duelos
como pueblan tu yacer y tus contactos.

Ahora, no. Que te liberas y me llevas por el aire, confiando
en tu propia inteligencia, en tu arrebato.
¡Ah los vuelos que gobiernas con sonrisa y dócil mando
de instrumentos que tú mismo has inventado!
Y te sirven, como sirven los esclavos.

No desciendas, no me abatas. Hombre amado,
te sostengo y me sostiene un interminable rapto.
No eres rojo ni eres negro. Eres el blanco,
el fúlgido centellear de intactos arcos.
¡Atrévete con el Bien, sujétalo con tus brazos!

Hermoso varón que tanto presentía y que he soñado.
Porque eres mi mejor yo, he ahí por qué te amo.
No te quiero cuando débil, sometido, acobardado.
Aunque torvo si acometes, más te busco despiadado
que humillando la cerviz como un toro sin sus mandos.

Que eres viejo bien lo sé. Sé que debajo
de esta túnica de piel que te envuelve estás cansado
de los siglos de rodar para ver de Dios el brazo
que fulmina y que fulmina... ¿Y no es cansancio
contemplar cómo te hundes en mi vientre, deslizando
tu niñez y tu vigor entre mis flancos
para luego desgajármelos despacio...?

¡Ah si halláramos la brisa, si encontráramos el látigo
que flagela y que consuma a los más enamorados!
¡Por todo lo que venciste van tus piernas
de cobre forjando ajorcas para sujetar tu paso,
criatura que apretaría eternamente entre mis brazos!
Más allá de la vida y de la muerte, Hombre, te amo.

De «DERRIBADO ARCANGEL»

I

La luz no está cansada de alumbrar tanto día,
ni el agua de correr, cuando corre en la tierra.
Los cielos no se cansan, el aire no se cansa...,
ni la vida de ser para todos la Vida.
Solamente se cansan los que no tienen fe
ni se sueñan siguiendo por la luz, por el viento,
esas claras arenas de la mar, que no acaba
y es por siempre la mar, agua y cielo, lo eterno.

Ni lo eterno se duele, yo no oigo su queja;
¡nada suena cansado, aunque yo esté cansada!
Aunque mire hacia ti, bosque inmenso de llanto;
aunque escuche tu voz, duelo abierto del mundo.

Fluyentes elementos que hicieron lo invisible,
verdades que evidencian lo pleno de la Nada;
os veo que, impasibles, por mis costados vais:
serenos, eternales, fecundos, implacables...
¡Todo respira vivo, respira sin descanso!

Tendremos que atravesar impávidos
el espeso ramaje de los helados ojos.
Arriba queda luz solitaria alumbrando,
ya ciega de nosotros, un país sin idioma.
¡Oh quienes lo violentan, por hallar su secreto
hueso de amarga almendra que resiste absoluta
la dentellada líquida de aquellos que lo muerden!
... Y acaso más allá de ese bosque encontraremos
una palabra suelta, como en añil paloma,
que nos confunda nombres y sangres en un tronco
donde se apoyen fieras y pájaros en celo.
Recogeremos sueños que estábamos soñando
desde la cueva roja del nacer de la carne;

y soledades ebrias, aullidos de ventura
coronarán de mirto las frentes que no caigan.

Caerán frentes taladas por el silencio frío.
Desde remotos cielos hay ángeles que llevan
espadas con un tajo que lo rebaña todo.
¿Qué pobres, desoladas criaturas opondrían
alguna resistencia al empuje de un ángel?
Con filo o con sus alas, el enviado vence.
¿Y quién es enviado cuando no es ángel y llega
hasta el umbral ardiente del cuerpo, sometido
a una ley sin cuartel? ¿En qué se le conoce
como sino al que al fin habrá que doblegarse,
perdiendo lo ganado en desgarradas luchas?

XVII

Tus ojos son las fuentes donde beben los tigres,
que cuando tienen sed no respetan las selvas;
y arrancan, mientras rugen, esas flores sencillas
que entre el romero mueven su poderoso olor.

A tus ojos se vuelcan las entrañas del monte,
y por nacer en ellas, ¡oh líquido delgado!,
consienten que las lenguas vellosas de las fieras,
lamiéndolos con furia, sequen ríos de ojos.

Tanto como el romero florido, cuyo aceite
persistirá en la piel de los fieros sedientos,
huelen cortas raíces y esbeltos anticipos
de las flores oscuras del secreto deseo...

La luna se deshoja como un ave en tu agua.
A los tigres con celo esa luz los persigue
como loco fantasma de una caza suprema
que en el río, tus ojos, es posible alcanzar.

Tengo frío ante ti. Porque fuentes tan frías
no se encienden sin ángel que su calor otorgue.

Y ese ángel que a ti, a tus charcas bajara,
no lo oigo cantar ni lo siento fluir.

¡Ah tus tigres con sed! Déjalos que nos beban,
y cuando ya mi boca reseca se deshaga,
suéltalos sobre mí, no detengas su ataque:
para tus fieras tengo una cierva en mi cuerpo

No te conocerán. Sabrán tan sólo
que tientas con tu voz, con tu sonrisa,
y que caes, y que caes...: te derramas
del aire de tu olor. Que eres pecado.

Abrirán sus ventanas a la noche,
creyendo que eres tú lo que es oscuro;
y una sombra en la selva, temblarán
de que seas, que no seas ¡Oh, si fueras!

Tu contacto, soñando que llegaras,
pensarán que es de fuego, que es de nieve...
Y tus labios, tu paso, tu gemido,
sentirán, al soñar, como despiertos.
¡Qué delicia de ti, que no conocen
ni siquiera los mismos que te inventan!
Solamente mi amor, que no te busca,
te tomó, rechazando tu presencia.

ANTE TI

Porque siendo tú el mismo, eres distinto
y distante de todos los que miran
esa rosa de luz que viertes siempre
de tu cielo a tu mar, campo que amo.

Campo mío, de amor nunca confeso;
de un amor recatado y pudoroso,
como virgen antigua que perdura
en mi cuerpo contiguo al tuyo eterno.

He venido a quererte, a que me digas
tus palabras de mar y de palmeras;
tus molinos de lienzos, que salobres
me refrescan la sed de tanto tiempo.

Me abandono en tu mar, me dejo tuya
como darse hay que hacerlo para serte.
Si cerrara los ojos quedaría
hecha un ser y una voz: ahogada viva.

¿He venido, y me fui; me iré mañana
y vendré como hoy...? ¿Qué otra criatura
volverá para ti, para quedarse
o escaparse en tu luz hacia lo nunca?

De «EN TIERRA DE NADIE»

XIV

En la tierra de nadie, roca blanca,
nube o astro, ¿quién sabe qué contempla?
Una cima de gloria se levanta
sobre un grito de luz que la sustenta.

¿Eres Tú lo que sueñan los mortales
cuando tristes no saben lo que sueñan?
¿O es el sueño sin Ti, que así Te vales
para hacerte sentir mientras Te esperan?

Soledad de criaturas, pero un mundo
que nos ciega al mirarlo abiertamente.
Es un pozo de Ti, lo más profundo
y lo alto también: eternamente.

¡Cuántas olas pujando contra orillas
que el camino sujetan al desierto!
¡Cuántos labios con sed, duras semillas
que florecen su amor dentro del viento!

XV

Detengo el caminar por estos versos
que recogen pedazos de memoria,
porque es mucho y es nada tanto tiempo
ofrecido a la fuga de una historia.

Aunque dije y diría, ¿qué palabra
es la exacta versión de lo infinito?
Aunque anduve y conté, ¿cómo se habla
para hacer que se entienda lo inaudito?

¡Oh, que tierra la mía, tan extensa
y tan breve que cabe en mi persona!
Una zanja de fuego es su defensa
y un espino sin flores la corona.

Que los tibios y ajenos no se mezclen,
que ninguno me escuche cuando clame.
Estoy sola y lo sé (¡que no se acerquen!),
por la tierra de Dios, tierra de nadie.

AL ARRANCAR...

Al arrancar el árbol
—que era un viejo y poderoso roble firme—
dejaron abierto el hoyo,
despiadadamente...
No se precipitó la sangre toda del mundo
a llenarlo, no.
Quedóse en carne viva y llameante,
en abrasadora llaga,
en torvo cono cósmico
que fulguraba siglos de dolor mordiendo llanto.

Nadie se atrevió, ¿y quién podría?,
a intentar una siembra de yerbas,
a impedir que la lluvia
colmara, súbita, el hueco ferocísimo.

Sale el sol, cae la nieve,
llueve, y tiemblan entre los terrones ásperos
charcos temblorosos, lívidos
resplandores desgajados del cielo...

¡Memoria del árbol arrancado por Ti.
Potencia invisible y pensante,
para hacerme esa barca, el vientre nuevo,
donde pondrás otro día, ajeno y tuyo,
derrumbado mi cuerpo naciente otro!

EL INDIO...

El indio no tiene prisa, pero yo sí.
El indio y la india están sucios, hambrientos, enfermos,
sentados en cualquier pedazo de tierra, labrada o inmunda,
sin prisa. Resignados o ausentes de ellos mismos.
¡Pero yo no puedo verlos así más tiempo, no, no puedo,
porque se han puesto a dolerme como llagas;
se me hincan igual que machetes en el pecho y en la espalda,
y necesito que anden,
necesito que caminen, que se muevan y sonrían y recuerden,
estos indios sentados y mudos y serios,
y podridos de sol y de duelo callante!

Ya no tengo familia casi sobre estos indios.
Ahora pertenecen a descendientes suyos —y míos
[lejanísimos—
que no les recuerdan o que les niegan, pues que les dejan
[morir.
Solamente los poetas, mis hermanos, gritan inútilmente...

Junto mi clamor al suyo, lo sumo, lo suplico incluido en el
[suyo,
para que el indio sonría, se levante, ande, cante de nuevo.
¿Cantó acaso?
¡Porque verlo sentado en una mancha de tierra,
cerca de una vaca enferma, de una mujer deshecha,
de unos chiquillos como pájaros flacos que no tienen alas,
no puedo sufrirlo, Dios de todos los seres de tu mundo,
no puedo más, Señor!

De «DEVORANTE ARCILLA»

CANTICO

¡Cuán delicada luz es la del joven
y qué perfumada sombra la suya
junto a la mía, opaca, envolviendo el ascua
del indomable anhelo!
¡Cuánta fragilidad en su paso,
en su atención a lo inaudible
que le atrae a mi distancia!

Joven y lejano, remoto y esperanzado
muchacho que inauguras vacilante
tu diálogo conmigo.
No quiero respirar por no mustiarlas,
por no despojarte de hojas;
porque me gusta el verdor que trepa ávido,
alcanzándote los ojos.

Limpios ojos tuyos, sin cenizas
de hogueras; sin racimos
de imágenes temblorosas.
Ojos tuyos intactos
sobre tu boca, que no prometió
ni mintió seguridades.

¡Y tu pecho nuevo y fresco,
la yerba olorosa de tu cabeza,
la firme inseguridad de tu paso...!

No duelo nostalgia de juventud;
si fuera joven, no te amaría.

Es porque llevo tiempo en el corazón y en las sienes,
por lo que tú, inesperado joven,
apareces adorablemente imposible.

Un chopo junto a la orilla
de mi agua cargada de paisajes,
oscura de cielo oscuro de amanecer.
O un delicado caballo moreno
piafando en los tréboles húmedos.
La copa del álamo que verdea alegre
arriba del oro otoñal que se deshoja
enfriando los jardines.

Eso eres tú. Te oigo afirmar que eres futuro
mientras no hay un presente que te ignore
ni te iguale, del cielo a la tierra.

Bendito sea el arranque
de tu vida deslumbrada y cálida,
ansiosa de apartar lo que conoces.
Corre, huye, no detengas tu paso
junto a ninguna fuente.
No mires los estanques —mis ojos—,
ni siquiera los ríos —mis brazos—,
muchísimo menos la mar:
mi boca tibia y melancólica.
Espérate a ti mismo
en las locas encrucijadas del futuro.
¡Vete ya contigo!

¡Cuán dulce es el saber que eres ligero
y sin memoria y sin piedad; que eres un ciervo
atravesando los montes!

Agil muchacho esquivo,
impreciso y cierto, vulnerable y duro
como una palabra que no me atrevo a decirte...
Como una pena clamorosa
que me acumula el corazón.

¡Una y otra vez esta gran loba,
una y otra vez!
Lamiéndolo todo con lengua ardiente y áspera,
con su rasposa lengua velluda;

tercamente lamiendo hasta
arrancarle su sangre a la piel.

Esta loba negra y fúlgida
reluciente y peraltada de estrellas...;
dulcísima y voraz, infatigable
loba, hermosa amante, ¡oh amada loba mía!

—Fuera, la oscuridad total; el vacío
que sostiene a los astros.
Acaso el verdadero mundo, los infiernos
y los paraísos, el limbo y el blando purgatorio
de la esperanza...
Aquí nosotras dos: mirándonos—.

¿Qué busca en mí, por qué no acaba
de beberse mis venas? ¡Si la odio,
si no me agota resplandeciéndola en delirio!
Porque me tiene
lentamente sujeta a su boca implacable.

Años y años de amor, de fría furia
que me abrasa los ojos; que me cruje los huesos
en un abrazo místico y torvo.
Esperándola cuando la luz se enfría,
yendo a su encuentro por predestinación inexorable...

Horas y horas, ¿quién las mide
con mi corazón de plomo?

—¡Loba y yo,
la noche desierta humana!

FRUTOS

Glorioso aprendizaje el de mi boca
en el morder y deshacer de frutos
cálidos y fríos, arroyos de dulzura,
y el áspero o el ácido, hasta el amargo y verde.
La madurez difícil o la inmatura extraña
delicadeza núbil de lo que se anticipa.

Frutos en sazón, bordeando el rechazo;
y frutos incipientes, acuciendo el deseo.
Un edén de sabor, de perfumes, de zumos...
La muchedumbre atroz de la riqueza eterna.

Arboles colmantes del hambre que se trajo,
desde el primer Jardín, la criatura arrojada.
La gloria de los frutos,
el licor delicado de la pulpa que sorbo
entre mis fuertes dientes codiciosos.

Fresas y racimos de tersas uvas, manzanas,
peras y papayas, las piñas, los melones,
los mangos, aguacates, hasta el maíz es fruto,
granadas amarillas en antorcha, no esfera.

¡Bendita sea la luz que se cuajó delicia,
el placer de beber, de comerse una fruta!
Coger el propio mundo y meterlo en la boca
e incorporarlo entero a la sangre que sigue.

CONTEMPLACION DEL OTORGADO REINO

¡Todo está bien hecho así, todo es perfecto!
Ni una trama sola que equivoque sus hilos.

Ajustan los puntos, coinciden los ángulos; y esa dislocada
[forma
que nos parece fugitiva de quién sabe qué acoso,
es la órbita exacta de un futuro inmanente.
¡Gloria de respirar la radiante ordenación del caos!
¡Aleluya la vida, aleluya vivirla
con el ímpetu ardiente de la felicidad de ser!

Alargas las manos y se te colman de hojas,
se te aumentan en frutos, en minerales, en brisas...
Ciñes un cuerpo caliente que te responde cierto,
acaricias el lomo vibrante del animal que te ama,
y eres la plataforma de un ave,
la riquísima cueva de donde nacen ríos,
y el árbol que se mueve por todos los quietos árboles.

Te quedas a la orilla del mar o del camino,
y escuchas. Todo es seguro, continuo, inequívoco,
porque todo está aquí hirviendo a borbotones,
para entregarse tuyo tomándote a bocanadas.

IV

Una mañana es la fruta más redonda de la Tierra.
Una mañana se huele como una huerta incomparable.
Una mañana es un hombre y una mujer que se aman.
Todo un dios es la mañana.

A la mañana se nace con el rocío en los labios.
A la mañana le ofrecen calientes campanas rojas.
A la mañana le tiembla el musgo entre las axilas,
dorado sudor de trébol oliendo a amor en la boca.

De la mañana prorrumpen los arroyos sin estribos.
De la mañana porosa nardos chorrean y cactus.
De las mañanas emergen los sexos acantilados.
De la mañana las plantas con el polen de las noches.

Por la mañana camina, frente alta, oscuros ojos,
la que, si queréis, nombrad como Dolores o Ana,
o como Carmen-Narciso;
o como Sísifo-Orfeo.

XVIII

Ya no se trata de lo personal agudo,
hay que entregarse a los otros;
los que sufren del hambre y la sed
aunque maduren para bienaventurados.
La justicia es un feudo al que acceden sólo
los hijos de los padres que perviven
para acarrear más muertos.

También existen los escondidos
y los que huyen y los encarcelados.

Las mujeres que trabajan para sustituirlos
cerca de las inermes criaturas débiles.
Existen sin existir conscientes;
anonadados de miserable vida impía.
No se puede pensar más que en ellos.

¿Qué pesa la propia plúmbea carga
mercurial, de cinabrio, corrosiva, implacable
azotando cuerpo y esqueleto descalcificado...?
Olvidarse de lo propio, coincidir en algo
de los algos en que se desucan otros.
Cuando una se acuerda de lo que era suyo
prescinde de lo que será siempre lo único.

No lo es todavía, nunca será la paz
que nos acerque y hasta nos confunda
en unísona calma. Escuece en los ojos
el ácido llanto de la inmensa desilusión
de todos y de cada uno de aquellos
cuyas ideas, palabras y gestos
vitoreaban fe en la libertad purísima.

Uno solo no es nada por mucho que sea
(ante sí mismo, ante todos), un uno extraordinario.
¿Por qué el irse sola, para qué encastillarse
en aislarse de todos, absorta en silencio?

Comunicarse; eso. Comunicarse con ellos
a ver si entre todos, uniéndonos
abrimos paso a lo que llamarán paz.

PRESIONAR TEMEROSA...

Presionar temerosa y palpitante contra el espejo
la boca.
Unos labios nuevos, de piel tensa y casi a punto de estallar
sobre el cristal testigo,
inventándose el beso que, un día cercano,
se diluiría en cristal ya no devolvedor de imágenes,
sino cauce suyo: cuerpo de amor.

Calentándolo y enfriándolo al permanecer allí,
¡qué vecinos acusadores ojos más arriba, inminentes,
empeñados en no ver el rostro habitual,
sino otro que no se presentía siquiera!

Una muchacha casta y curiosa de conocer qué y cómo
haría *la otra boca,* al empujar a esta boca
con la dulce acometida de una búsqueda sagrada.
Señora y ajena la frente entre sus rocas puras,
orillas a las que afluían rubios cabellos aéreos.
El espejo, impasible; ¿cómo otra cosa?
Ni puerta ni muro: simple devolución friolenta.

Quedó (primer ensayo solitario) el beso allí incrustado.
Una flor invisible para los otros, no para su donante.
Una corola titilando los chispazos mínimos de ternura
desamparada en campo soberbio de respaldo metálico.

El primer contacto con lo imposible...
La mística entrega luego realizada entre gemidos
y lágrimas que los párpados cortaban en tajadas.

Para muchas veces ya, interponiéndose entre la verdad
[humana
y aquel intento adolescente,
un espejo sencillo, humilde que, sin embargo,

reflejara también el cielo del sureste clamoroso
por encima de la frente, los ojos dilatados, las sienes que se
[doraban,
y el beso inicial...
El primero de los besos.

APOYADA EN LA INSEGURA...

Apoyada en la insegura superficie de una planicie ardiente
aquella delgada lámina de agua, tal un pequeño mar clarísimo,
recibió mi presencia trémula, indecisa, ungida de angustias
[oscuras...
Porque me encontraba allí conmigo, más la remota mujer
[impaciente
con las manos tendidas y ávidas
queriendo desconchar su propia imagen
del agua inmóvil.

Bermelleó una obsesiva desvariante urencia: confrontarnos
desde abajo, la que pasó y arriba esta que soy ahora
con la frente arrasada de vigilias y ojos por los cuales
ha pasado la muerte tantas veces
quedándose adherida como insatisfecha amante.

Oh, dejad que mis manos desprendan con sumo esmero
a esa que está agarrada al epitelio del agua, desfasándose
de la yo que la mira y sonríe compasiva.
Ya tampoco en mis dedos punzaría, matándome,
ninguna espina de las rosas
que hieren para salvar su hermosura.

Porque tengo en los dedos mármol del que no lee ningún
[mortal
que no se estremezca...
Quiero llevármela, sí, asomarla a la limpia trama desnuda
[de pasados,
intactamente presente:
cabello gris y de mapa aún, como en *Brocal,* persiste
dulce y fino cabello acariciado *(Carmen, icuán suave es tu*
[pelo de yerba!),

con un rostro al lado que yo sólo veo joven,
incendiado de amor de oro, oro de corza que brotando
va tenaz a la pura selva tensa.

ENTRE LA TIERRA Y LA LUZ...

Entre la tierra y la luz, goteando el horizonte,
candentemente fluían, porque aceites derramados,
criaturas inesperadas
que nunca pisaron yerbas ni piedrecillas musgosas.
Prorrumpían en clamores,
avecinando relámpagos desflecándose de lavas,
refrenándole su hervor al mediodía:
palafraneros que impiden que se inicie un galopar.

Petrificante ola oscura, los desecados vivientes,
venid, allegaos, oxidad. ¡Tanto mortal humillado,
tantísima carne hendida!
¡Que advienen las codiciadas, las criaturas turbulentas!

Dormidos las anhelamos siglo por siglo sin colmo
para acceder en sus seres a lo que no imaginamos.
Apagarán las ciudades, liberándoles el agua
que migada en sucio gris se convirtió en edificios.

Pasarán resplandecientes sobre resinas, prendiéndolas;
gruesas cenizas de oro irán hincando sus teas.
Arrasadas avenidas exhalarán su mercurio
y todo se entramará en gruesa corriente híbrida.

¡Al mar, al mar, a la mar,
que levantarán en vuelo!

De los rayos paso haceos: Van las hermosas criaturas
sembrando sobre la escoria
un hambre de eternidad.

ADOLESCENTES

... Pero no saben nunca, no saben que trizan brasas sus pasos,
que de sus labios la noche precipita amaneceres;
que lágrimas duermen sus pechos cual a corzas inseguras,
tensos sus cuerpos recientes para romperse horizontes.
Miran de frente a los ojos, sobresaltando lagunas,
charcas o arroyos (la mar vive siempre en sobresalto);
preguntan, dicen, afirman porque todo lo desean,
catapultando la hoguera de respuesta que socarran.
Aún no tienen experiencia y se la inventan soberbios
cuando aquellos que los oyen se creen vueltos del infierno.
¡Oh cuánto duelen los brazos, impidiéndose estrujarlos,
enseñándoles la muerte que nunca llega a matar!
Sí que se acercan ofidios, lenguas bífidas que néctar
prometen a las heridas que los dientes infirieron;
pastan en prados de espaldas, en laderas de costados,
triscan sobre los hombros y la nuca, desangrándolos.
Aves son, como corderos y serpientes, y hasta peces,
encenagando al romper las aguas más reprimidas.
Dejarémosles fluir fingiéndose que son ríos.
Dejarémosles escapar imaginándolos águilas.
Somos nosotros en ellos, sorbimos sangres mellizas.
¡Toda la vida por ser otros ellos en nosotros!
(... Pero no saben nunca, no saben, que trizan sus pasos
[brasas.)

De «EL TIEMPO ES UN RIO LENTISIMO DE FUEGO»

HA PREGUNTADO A CADA UNO...

Ha preguntado a cada uno de los que encuentra:
«¿Sabe usted por qué?», dice ansioso.
Y le miran, se encogen de hombros y, alguno
sonríe desconcertado.
Entonces, sigue.

Sigue andando la tierra, el mundo
de su alrededor. Se para otra vez, pregunta:
«¿Sabe usted por qué...?», y como no le contestan
acaba sentándose en el suelo.

«Levántate», le ordenan.
«Aquí no se puede estar sentado.
Interrumpe el tránsito de los que van a pie
o en coche. Váyase a otra parte.»

Se solivianta y corre sintiéndose culpable
de haberse detenido a descansar.
«¡Oiga! ¿A qué corre tanto, es que huye
o que persigue a otro? ¡Contésteme!»

Parece inútil después de haberlo preguntado tantas veces,
hacerlo de nuevo.
Lo intenta, desengañado:
«Dígame, ¿sabe usted por qué...?»,
pregunta ahora.

¡Es el primero que contesta!
«¿Dice por qué...; pero, ¿qué qué?» —pregunta
por su parte.
Y entonces vacila, se atolondra, extiende las manos
y hasta las levanta al cielo.

De tanto ir y venir por el mundo, ahora, ya,
tampoco sabe ¡qué es el por qué!

Y contempla al otro: expectante, severo
está aguardando que se explique, que concrete
su corta pregunta: «¿Sabe usted por qué...?»

Mas el hombre ha olvidado su destino,
ha olvidado su propósito de saber y sonríe
vagamente, abstraído, inmóvil, mientras el otro
inmutado le abandona.
Tanto preguntar y cuando alguien se dispone
a saber qué es el qué,
¡se ha olvidado de la razón de su pregunta!

Profundamente triste lo que ocurre.
¿Por qué?

VA POR LA CALLE UNA NIÑA...

Va por la calle una niña, y delante de sus pasos
los caminos del mundo interminables.
Diminutas las flores que acuden a su encuentro
y ancha mano de luz sus cabellos acoge.

Juegan con ella rebaños limpios, de las esquinas
burlándose indecisiones... Ésta o aquélla, la
otra... Siempre son cuatro y el número
permanece invariable.

A donde llegará se sabe y que alguna
fuente callada la espera. Está su agua muy tierna
y es tierna la adolescente frágil criatura que lleva
hojas de acanto por flores.

¿Cuándo alcanzará la gran montaña
y cómo la traspondrá, madura,
y se envolverá en la mar que siempre
espera que se la devuelvan?

CANCION DEL VERDUGO, SI CANTARA

No me conocéis los más, todos
cuantos vivís lejos de las prisiones;
los que nunca tuvisteis hijos
para el verdugo...
Nadie
sabe que soy el instrumento
de los que aborrecen...;
que represento
dentro de la miseria que abarca dócil,
a toda la humanidad.

Tampoco yo me reconozco, voy
poniéndole luto a los espejos
para nunca mirarme:
tantos ojos
clavados en los míos llevo
que verme con ellos me espanta.

DE OCEANOS SOCAVANTES...

De océanos socavantes a los que nunca luz llega.
De los altísimos lagos que flanquean los volcanes.
Bajo los ríos que arrastran los destructores siglos,
te hundes y emerges tú, aquél que llaman con nombres
que proliferan semillas avariciosas de amor.

Ignoradas dimensiones que pugnan bajo las tierras
por avanzar hacia donde ya no se acaben, reptan
pétreas serpientes talladas en ojos acusadores
que te presienten. Tú callas con improbable sonrisa
ante el celo inquisitivo de criaturas defraudadas.

Que calmaría la evidencia de algo que tú pareciere
como célula inicial, como cueva o como cumbre
y no ese encubierto ser que se desploma invisible
acaudillando temores y torvos presentimientos
que abrasan por abrasarte erigiéndote en su fuego.

Secreto fuego ortigante para las conciencias ácidas
por conculcarse en tu origen que es el suyo, no este luto
de ignorancia acribillada por tu ausencia, ser latente
que ruge por los subsuelos y por penachos de lava
acusándonos qué fuimos, sin saber lo que seremos.

DE AQUELLA ENAJENACION...

De aquella enajenación cuyo resplandor hacía
que los colores del cielo ardientes permanecieran
fluye una clara resina olorosa a lluvia intensa,
a tierra mojada, a rosas que maduraron, al viento
acumulado en el largo atardecer persistente.

Vasijas frescas de barro son los recuerdos, rezuman
palideciendo los ojos y los labios, anegando
hasta la garganta seca por el temblor contenido;
entibiándose en las manos que retuvieron el ave
del dulce sentir ajeno cuya presencia aún palpita.

La ventana ante la mesa y a ésta quien se soñaba
en quieta actitud vibrando apasionado esperar...
La puerta que, vulnerada, alguien empujaba para
precipitarse a lo azul, a los cristales, al agua
que corriendo llevaría esbelta carga impaciente.

Flores que lo contemplabais,
¿a dónde vuestras cenizas
si es que a cenizas mudasteis
vuestra embriagante hermosura...?

CONSUMACION

Crece sobre la carne yerba, y ella
apenas si comprende que se vuelve
pasto para corderos.
Membranas sutilísimas conserva
que a lana abocarán.

Su lenta transformación alcanza
velocidad en los espacios.

Sin límites la carne, se propaga
cual una exhalación y llega
a ser todo en el mundo.

No le impiden los brazos a la yerba
que vaya incorporándoselos.
Los ojos fueron astros, yerba ahora,
los ojos invadiéndose del cosmos.

El vientre se deslíe en delicados
tejidos para tréboles
Gran reposo en las plantas, que caminan
en hojas convertidas las pisadas.

De «A ESTE LADO DE LA ETERNIDAD»

RONCA TURBULENCIA

Este pueblo fragoso de mi sangre
se arrebata por ti, hombre perdido
en una lejanía indescifrable.
Y junta con mi voz brota la tuya,
retumba resonándome la vida.
Es un pozo de amor, casi la noche
del tiempo que rebota entre mis labios.

SI OS PUSIERAN EL PESO...

Si os pusieran el peso que nos ponen,
¿qué diríais vosotros;
vosotros los audaces, los resueltos
como también lo éramos?
No sabríais ninguno por qué llevo
tanta amargura a cuestas.
¿De dónde cogen piedras, nos las cargan,
y por qué las aguantamos?

Amándote tantísimo, ¡oh la lumbre!
nos aplasta tu oscuridad.

HAN PICOTEADO...

Han picoteado la cabeza tanto tiempo
que, por fin, abrieron en mil ojos
brotando de ella ebrios...
¡Cuántos pájaros
emergieron de ti!

Huyeron locamente. No te duelen las heridas.
Ni la sangre
que fluyó de su nacer fuera del cráneo
te resbala siquiera.
Se ha quedado
inundando de piedra a tus cabellos.

Salen y entran turbios vientos
que retumban alegres contra el hueso.
Se le enfría el cerebro al cuerpo inerme.
Hay silencio en su cima. Ya no cantan
los que huyeron felices en dejarlo.

Hubo pájaros, sí, en la cabeza.
Fue un nidal de sus plumas, de sus trinos.
Torvas noches, madrugadas
sufrieron el picar de tantas vidas.

Libertad consiguieron.
La cabeza
vacía se quedó ya de sus pájaros.

EN LA OSCURA BOCA...

En la oscura boca infecta de la sangre
grita recallado su dolor una criatura.
Las gentes no la escuchan, van corriendo
al recuento revuelto de codicias.

Nadie sabe ni le importa qué se encierra
en la lóbrega luz, negra tajada
de un dolor sin piedad para fundir
goterones de cobre incandescente.

¡Que rebosen de fuego las entrañas,
que los miembros se quemen en halagos!
El que muerde su angustia, que reviente;
y el que goza, que ruja de frenético.

En la cueva infernal quedan pedazos
de este ser perseguido por la noche.

ES LA NOCHE TOTAL...

Es la noche total. Siempre de noche
desde cientos de años. No recuerdo
que haya días y sol, que mueva el viento
unas nubes de luz sobre la tierra.

Alguien puso la noche sobre el pecho
y la frente, los hombros y las manos.
Alguien puso la noche en mis entrañas,
en las piernas, la boca y en mis pasos.

Empujo, desgarrándome de sombras,
este muro brutal. Quiero clavarle
roncos gritos de sed. Nada se rompe.
Es de noche otra vez. Nunca hubo día.
Nunca he visto la mar, nunca los árboles.

Resigno la cabeza. Metería
mi cuerpo en algún río... si lo hubiere.
Si yo fuera más leve volaría;
y si más recia fuera, estallara.

Es que soy ya la noche. Soy de noche:
de una furia de noche que no acaba.

De «LA NOCHE OSCURA DEL CUERPO»

LA NOCHE OSCURA DEL CUERPO

I

Convocado por la voz, que sin oírla existía,
empujándole al andar, dispuso frágiles plantas.
Horizonte dilatado se curvaba mansamente
y en una inmensa mano se ahuecaba.
El mundo de la mañana se encendía
ante la criatura que aprendiendo iba
por húmeda tierra a caminar.

Nuevo sí, porque al desconocerlo todo
su inicial revelación lo inauguraba
sin compararlo a otro ninguno.
Cielo y mar, playa arena, los guijarros
cedían al nacer de lo recién nacido.
Gozo incomparable del universo táctil,
de lo visible puro, de lo perfecto audible
ante la tierna presencia, esforzándose
con su inhollado cuerpo por abarcar aquello
que ascendía a su cabeza desde el suelo.

Las frías arenas primeras del mundo
que al contacto del sol se estremecen,
de sandía el olor que las mareas exhalan
cuando la brisa altera su gran lomo de fiera.
El chasquido suave de circulares olas
acercando parsimoniosamente
luz que dilata horizontal amparo
en la curva gestante del infinito.

Inseguros los pasos del nuevo ser que absorto
discurre por la orilla del rojo amanecer,

desandan el camino de vidas, sobresaltan
como el amor primero, como el amor...
Es tersa la mañana, tersa lámina imprecisa
reciente de las manos certeras del creador.
La adolescencia acude con crepitante espuma
proclamando inquietudes inéditas.

Qué hermoso es el nacer a la vital aurora
del poder poseerse en el quien se posee,
y qué tibia es el agua que se acerca a la tierra
para mezclar con algas el gozo de aprehender.
Avanza sin temor, avanza ensimismado
rezumando los sueños que lo botaron nave,
trémulo puro ser que estrenando la vida
se incorpora a ordenar en el caos su órbita.

Recorriendo la playa que desierta le abre
una ruta de luz y le brota a los tiempos,
alba hora es su ser arrancando de siglos.
Silencio en despertar, consecuente armonía
desgajándose así de lo que no habla aún.
Sólo el mar y su arena, solamente una playa
bajo inseguros pasos que ignoran el concierto.

Que las barcas se aquietan entre la tarde plena,
que cuantos no son la mar a las mares se entreguen,
que no asalten sirenas el aire, que el viento
se condense en la sal, se haga sal, no se funda.
Pronto irá esta criatura recientemente erguida,
de esencia universal alimentándose.

Todavía desconoce lo que conciencia forma,
ignora que el latir de las manos propaga
comunión de los cuerpos en fugaz atadura.
Todo produce recias semillas invencibles
para siembra tenaz de recuerdos que, antes,
constituyeron horas del amor o las lágrimas.

Limpio va de ternuras, con su paso habitando
las selvas caudalosas de hermosísimas fieras

hasta aquel punto clave, hasta la encrucijada
que leones oculta entre erizados tojos
junto al fuego propicio que encarcela los pasos.

Ah, si la luz cubriera con ríos de su fuente
este vasto despliegue, volviéndolo a su origen;
ah, si no persistieran los herrumbrosos cepos
en apresar los tobillos inocentes
que aprenderán por ellos a qué sabe la ira
y qué tamaño alcanza el contagio del odio.

El cuerpo se concentra en carrera acezante.
Los campos se deslizan, se difunden colinas.
Ondula en las acequias fugitiva figura
y a tan loco fluir ni los corzos se vuelcan.
No se acierta si es ir o es volver lo que encubre
esta núbil criatura que se completaría
si al final del correr que a su aliento atosiga
hallárase por fin en lo que irá esperando,
mientras en torno rugen calientes huracanes
y algo más que morir parece estar viviendo
impía adversidad y amargas decepciones
en tanto el sol acucia en los árboles brotes.

Oh la fruta de luz, fuerte raíz que pugna
dictando dimensión que a sí misma se acepta
siendo fatalidad y convenido designio.
Oh esta fuga obediente a la llamada brusca
que va precipitando el hambriento alvéolo
que su henchirse reclama de cuanto fue creado.

La luz, sí. La luz absorbiendo maciza
la quemazón del cuerpo, ajenándolo todo;
disponiéndose así para ser cuerpo sólo
que entregue a otro cuerpo su limitado peso.
La sombra incorporándose la luz que derrotara,
se transforma en idea cuyo núcleo desvela.

Recuerda las praderas de yerbas temblorosas
sobre las que piafaban gozosos los caballos,
sus colas tremolando en la cresta del viento.

A sus plantas reclama un camino impreciso
que del sueño despierta igual que una criatura
gritando para oírse, por no saberse sola.

Y a sus piernas que fueron resueltas y seguras
no la apresuran pasos, que fuera llevarían
de la marea copiosa que tan despacio sube...

II

Arrebol entre costas purpúreas, los cuerpos
sobre arena se yerguen y se entregan al mar.
Enjambres de muchachos cual espigas al aire,
de muchachas teorías agitando los brazos
por danzar entre olas esquivando el empuje
que enarbola el ardor posesor de las vírgenes.
De amor torres incendian poniente en la marea,
plena victoria dúctil del amante en la amada.

Mojando labios cánticos se difunde aplazando
rojo avance seguro del sol que huye y que vuelve
mientras recoge ahora implacables hogueras
de radiantes espaldas, de los senos y torsos
de aquellos que se entregan a oleajes profundos.
Retiñen todos los seres la clamorosa alegría
sin fatigarse de amar ni cantar, siendo cuerpos
triunfantes del vivir sus elementales fuerzas.
Fundirse en ellas piden, enajenación propulsan:
del exacto momento que sobrevendrá, evadirse.

Pululan en la sangre los que vendrán a nacer,
estimulan las fuentes haciéndolas fluir.
Visceral luz del cielo ya no quema, se enfría
dejando el verbo puro de su origen a todos.
Alegría del vibrar vidas nuevas y plenas
de saberse dichosas de la mar, de la carne
que dócilmente cae en la arena, intuyendo
que el amor siempre es don que mantiene vivencias.
Tarde que adviene a su fin acumulándose noche,
tarde que siembra vida en las orillas del tiempo.

Entregándose consciente de sumisión al momento
todo lo aplaza, borra, su procedencia la asume.
Y acude, uno más, el ser que se enfrenta consigo.
La mañana fue un jardín, rinde su selva la tarde.
Ni un solo caballo acude para reintegrarle allá
de donde vino inocente ante todas las sapiencias.
En masas de arena hunde el volumen de ansiedades
con las que intenta afrontar lo que es y lo que ha sido,
triste por contener algo que en el cuerpo ardiente pugna
por señorearle a él para no perderlo nunca.

Asaltándole experiencias que a otros muchos ya poblaron
toros le cercan, crías de buitres, las panteras
que sajando irán la noche al devorar sus entrañas.
Serenidad derrotan los látigos del deseo.
Vaharando a su alrededor resollar acre de canes
que a sus costados vigilan la libertad que peligra
en los ojos y en la frente de este ser acorralado
por su destino de tierra y su ansia de divino:
maciza conflagración de poderes compartidos.
Porque se acarrea el fin al prorrumpir lo que empieza,
sombra acudirá en estricta connivencia con la hora.

Inútil querer brotar primitivos sones broncos
arreciando en el tambor la música de una danza
de los férvidos de amor cantando pronunciarán.

Imposible el arrojar fuera de sí los latidos
ascendiendo desde el suelo, equilibrio arrebatando
y propulsando pasión de entregarse aún vivientes.

Cerrar los ojos aboca a renunciar a hermosura
de los cielos, de la tierra, del agua, de cuanto corre
y que acumulan la savia que otros corporeizarán.

III

Ya fosforece la costa a donde la mar revierte.
Desde arriba

se deja caer la sombra de quien temiéndolo estaba,
a la tibia oscuridad.
Se desintegran veloces los límites de las olas
y la sombra a ellos concurre,
la sombra que al cuerpo deja.

Ausencia de naves hay a lo largo de la playa.
Ni voces de los humanos
ni graznidos de las aves
Y la sombra va despacio alejándose del cuerpo
que desvalido se queda, vulnerado sin su sombra.
Es una noche sin luz, triste y acosada noche
para el cuerpo.

El cuerpo mana nostalgia del palpitar anheloso.
Ardiente el cuerpo recuerda
peripecias que sembraron en su carne
memorias caliginosas.
La sombra sigue en descenso deslizándose a la playa
en procura de cobijo
que su ámbito no niega.

Se recorren las estancias diminutas que rechazan
fragmentos de lo inmolado
cuando acendrado el vivir.
En el espacio renace
el musgo que atosigara la persistencia del fuego.
Abajo es a donde ir.

Cuántos días con sus noches incubándose el impulso
de resistir a la sombra.
Desde la cima se huelen las algas que el mar empuja
al pie del cuerpo expectante,
junto al cual está creciendo toda la noche desierta.
Cómo le aúlla esta noche contra las sienes y cómo
teme no recuperar el sol.

El horizonte ya es muro del ébano movedizo.
En el horizonte nada presagia el amanecer.
La sombra se cuaja intensa...

Del sol por el cual se gime
fieros rayos transparentes volverán
al cuerpo desamparado por su frágil compañera
que saldumbre y yodo inundan.

Memoria consciente hierve de lo que hizo y negó
luchando por afirmarse como criatura habitada
por convicciones profundas:
o arder o cristalizar. Ni lo uno ni lo otro,
que considerara obtuso
un fanatismo cualquiera, una obsesión destruyendo
el albedrío o la gracia.

Abajo van confundidas playa y sombra en tumulto
de minerálicos posos.
El cuerpo recibe tiernas requerencias, la memoria
enajenantes tensiones.
Espolón de barco son contra las leves cuadernas
de su pecho que, transido,
absorberá los embates de postergadas nostalgias.

(Aquello cuanto la sombra iba hundiendo con su peso
era carga mercurial abrumándole la espalda.
Porque más que a una criatura a una ciudad se la hundía,
hasta a la nación entera con sus miles de vencidos.
Y era evidencia bien ácida saber cómo se ocultaban
angustiadamente sordos a las llamadas urgentes,
mientras en cárceles víctimas del odioso desenfreno
atormentados sus cuerpos por el hierro de mordazas
sobre la corteza en grietas del acribillado suelo,
por el ir, por el venir retornándose a otros ires
de las furias del rencor que nunca atrapan olvidos.

Llamas de fuego que nunca a desprenderse accedían
de sus urentes hogueras, a la cabeza cercaban.
Imágenes superpuestas sobre los paños de hilo,
blancos como es el blancor a que los ojos no alcanzan,
a la frente daban brisa... Avecillas con su trémulo
palpitar entre las alas, retornábanle dulzuras.
Una voz y otra voz, las voces que le llamaran

renaciéndole volvían en tanto que todo esto
rompía y desmoronaba su tumulto contra rocas.

Aunque los ojos y senos, aunque los vientres y brazos
como le tuvieran antes intentaban recobrarle;
morada melancolía precediéndose de llantos,
larga y lúcida memoria atosigante acudía.
No pensar y no querer olvidándose del tiempo
en que no temblaron dudas cuando viviendo se estaba
negándole a la conciencia las escorias del deseo...

Porque así era el amor, porque fuera ello el amor
y jamás esta roída e indisipable presencia
que en pórfido se convierte para cuajar el aliento.
Titila sabiduría que íntegra volcará
al inminente contacto del inflexible retorno.)

Oh, cuerpo extendido, sabio de tan vastas experiencias,
exhalándose debajo de su cúpula, despierta
del hondo pesar macizo que en su mente se incinera.

Cómo rechaza el no ser cuando va aproximándose
a la encrucijada-túnel, al pozo-volcán abierto
para apropiárselo, denso como es mientras le hieren

los silencios que no otorgan a su corazón aliento.
Oh cuerpo tendido, bosque de innúmeras sensaciones
que se resisten a huir de su templo delicado.

IV

Súbitamente retoña un afán que le concita
la aterida voluntad:
escapar hasta la sombra que se desprendiera y yace.
El cuerpo fluye su impulso,
reclama de sus dolientes entresijos arrasados
las fuerzas para saltar.

Ha de abandonar la cima en donde fue espectador.
Y en el aire se desploma
la tensa figura débil, la criatura enardecida
que a juntarse acude ahora con su sombra...
¿Quién no tuvo, irreprimible,
sombra que huyó rechazándole?
¿Quién no gritó por el eco
que le devolviera el gozo de reconocer su voz?

¿Quién no ha sangrado por ver
a su sombra entre las olas que se comen a las playas?
Quien no descienda de allí,
de la cima en que se erguía,
no recobrará la sombra que desligándose pudo
incorporarle a otra vida.

Volver, darle la vida... Y, ¿nueva vida en verdad
oponiéndose a la otra que confusa se despega,
por no haberse consumado íntegramente?
La vida que se aproxima, y creerla es la esperanza,
¿será la que se imagina
esta mente desgajada del magma de lo finito,
del misterio que la hubo?

Boca a boca con su sombra, inmersos en la marea,
piensa que no dejará arrebatarse esta ósmosis.
Tan dulce ser y no estar como siendo, aunque sí estando,
humedece a la criatura
con las frías cabelleras de la espuma que deslíe
con ronco fragor radiante toda su gloriosa cresta
de candor, contra quien rompe.

¿A qué luz si es que es la luz, a qué música adherirse
cuando pueda comprenderse completado el frío cuerpo?
¿De qué cuevas o qué cimas, de qué volcanes saldrá
la voz que a nombrarle acierte?
Y cierra otra vez los ojos
y nuevamente desea no saber, aunque sabiendo
que ser sombra era el destino.

Cuántos espacios que el hombre lúcidamente surcara,
cuántos los ríos profundos que no se embebe la tierra,
y, ay, del cuerpo macerado por su conciencia exigente.
Porque sufre fieras hambres
que ni mar ni tierra sacian.
Ay, del que salta al vacío creyendo que de una playa
su sombra rescatará.

De la curva que convexa une las dos potestades
tenuemente se desgaja la suavidad de la luz.
Músicos que caminaron por el sonido domándolo,
sus armonías devuelven.
Céfiros evanescentes agitan alas redondas.
Sobre la mar que dispersa los sombríos oleajes
resbala palpitando el sol.

El cuerpo asume el rumor de los vientos y del agua.
Deshaciéndose de aquello cuanto fuera, va alcanzando
niveles de una verdad con la cual nunca cruzara
mientras por la tierra anduvo.
La música le retumba en los huesos obedientes
que a la carne imperativos mantuvieron.
Y embebe el cuerpo la música.

Cuando se desatan ojos que del rostro se liberan
accede y respira luz que no la irradia este sol.
Las aves que no veía le alimentan con sus coros
de nítidas modulaciones.
Cuerpo de luz y de sombra que fundidas le transcienden
alza sobre unas arenas inasibles la pregunta
que lo infinito no abarca.

¿Y que le diría Quién si a su pregunta accediera
librándole del dolor de su ignorancia, entregándole
glorioso espacio de clara y luminosa sapiencia?

¿Cuándo el mercurio que es libre inmovilizarse puede,
a cuáles se otorgará el consenso de lo eterno,
a qué palabra acogerse para obtener la respuesta?

¿Cuánto tiempo de este tiempo imposible de rehacer
en tiempo de pervivencia tan compacto como fuera
el tiempo de su consciente enajenación terrena?

V

Unas tras otras respuestas. Absorbiéndolas
eludientes viscosas o frías, y tersas
cual la piedra desbastada por el agua.
Respuestas en los vagidos, en lágrimas ortigantes,
y otras por el beso acompañadas.
Concretas las busca el cuerpo, desligándolas
del espeso volumen a que se adhieren
encadenando secuencias
que prodigan lo aparente y fugitivo
que a humana vida convoca,
o a una charca o una montaña.
Respuestas que constituyen procesos acumulados
de sabiamente esquivarse.
Conocerse quiere el cómo, conocer el hasta cuándo,
el es, el por qué es, y el para siempre
azotado por el nunca:
que sin sombra rostro ofrezcan
a los ojos que, por ver, sufren desiertos.

Sin ser de ayer ni de hoy, débil premonición,
fugaces apariciones sobresaltan.
Cerca de la leña lumbre y lo que arde no acierta
a saber lo que es el fuego.
Y acude la realidad troceando sus imágenes
en no coherente estructura que responda.

Para abstraerse quisiera concertarse la armonía:
con adherencias suaves buscará calmar su ansia,
el ansia desenfrenada de encerrar entre sus manos

aquel atroz no poder desentrañar lo absoluto.
Los ojos, viendo; el oído en un hartazgo de oír
los infinitos sonidos del mundo y de sus cavernas.

En oleajes ofrece la luz del día, criaturas
que arrastrando va tenaz la gruesa corriente turbia
que nunca se detendrá, que nos empuja y absorbe.

VI

Lo que fluye, plural se manifiesta
al instante preciso de brotar;
instante de visión de lo alcanzable;
una parte de la luz, o de las ondas
del sonido... Derrota intentar comunicarse
al hermético secreto que nos burla.
Jamás de sus raíces comeremos.

Respuestas en presencias: las de la flor y del agua;
las del bosque y los pájaros veloces.
Respuestas transparentes, descifrables.
Cavando con ahínco en nuestro pecho,
¿hallaremos respuestas que persuadan?

Si nunca a lo incisivo nos contestan,
si todo se resbala o petrifica,
si el ansia de buscar a quien responda
de cenizas nos cubre...
¿Hasta cuándo la dádiva, alimento
al cuerpo atosigado, al cuerpo errante?

Un reguero de dudas en transcurso
camina hacia el origen presentido
dentro de lo recóndito.
Caminos que a camino abren,
unos ojos que desvían
o una música inmediata, un sollozo
que hinca al corazón súbita orden
inminencia posible suscitándonos.

Oscuro permanece el siempre instante
del aquello imprevisto aunque esperado,
porque nada entrevemos que concilie:
tala que tala y en la selva siempre.

Y son respuestas accesibles, decretadas
antes de inscribirlas en el caos.

Mínima fluencia ante el acoso
del urgente inquirir para que el cuerpo
recuerde a través de sus tejidos
aquel orden que estricto lo dispuso.
Y se empeña en volver, ir remontando
la atroz corriente espesa de la vida...
No le importa morir si cambia ello
en respuesta la ignorancia flagelante.

No la imagina y la está asediando
por reposarse en ella; escrutador aguarda...
Saber es amar, como a la inversa; lucha
porque al amor total aspira el cuerpo.
Ama con lealtad, no se arrepiente
de amar en lo creado a lo creante.

En cuenco de volcán se va quedando
sin otra compañía que la sombra.
Abate y alza sus preguntas, llora;
reclama triste que le ayude alguien
a emerger de su propia yacija...
La sombra no es la luz; ésta viaja
lentísimamente si nos llega.

(Y demoras, ¿por qué?, el fundirle contigo
en campana translúcida, devolviéndote
al caminante desnudo, frágil e inerme,
que seas tú su molde suplicándote.
Ni le apartas ni le recuperas
de la masa confusa en que te duele.
Ah, tu presencia inasible, tu asediada presencia:
comparécela en él porque de ti ha venido!)

El cuerpo entero es sed, gime penando
e intenta resistirse a los ciclones
que la espalda le azotan provocando
a congojas insanas, derribándole.

Intuye que unas manos se le allegan
y tampoco las ve... Áspero bálsamo
anega sus heridas, las cautera.

Hondamente percibe que a su entorno
vidas incontables se incorporan.
Son las nubes, la yerba, es el sol,
es el viento, es la mar, es hasta el barro;
tigres y gacelas son, el roble, el álamo,
la flor. Es la potencia
de amar y ser amado, ser materia
de todo cuanto vive, sufre y piensa.

Van a contestar cuando sucumba
a la angustia ancestral y la conviertan
en ciegas esperanzas galopantes.
Cubierto por la luz que se propicia
el cuerpo sobre tierra se derrama...
Empieza a germinar entre sus tuétanos
el grano cereal de la respuesta.

Fermentará en lo frágil del cuerpo que se macera.
Hervirá sin obtener desintegrarlo de algo
tan invisible, sutil, que poblándole existió

mientras se iba y venía sin saber jamás por qué,
encima de los terrones, sobre pólvora y cascotes;
del bosque comiendo frutas y arrancándole las flores.

Y nada perdurará que en pedazo suyo, alguien
entre sus dedos acierte a retener. Solamente
suya quedará la sombra de su nombre entre los dientes.

Selección de críticas

Los párrafos transcritos de los autores citados en este apartado son fragmentos de artículos publicados en los libros o revistas que se detallan. Su inclusión íntegra hubiera requerido un espacio mucho mayor que el propuesto. Se han tomado los fragmentos que contienen opiniones más concretas y precisas.

VICENTE ALEIXANDRE

Querida Carmen: recordando una impresión de tu libro *Mujer sin Edén* cuando deseaste que lo viese en su manuscrito, quisieras hoy, para tu intimidad, como recuerdo de aquellos días, conservar en algunas líneas mi impresión de conjunto de entonces, lo que, con los primeros ojos limpios, vi de su unidad cuando lo tuve entre las manos.

Un poco resulta también esto, por breve que sea, como memoria de aquellos meses en que sucesivamente lo fuiste escribiendo, cuando todavía, con Amanda y Cayetano, vivías en Velintonia, cerca de mí, cara también a la sierra y al puro cielo, que es como decir a la natural verdad y a la perpetua luz que no desfallece.

Era en 1945. Un alto verano. ¿Cómo veo tu libro? Un libro áspero y amantísimo. Imprecatorio y supli-

cante. Un libro que es un reproche a la divinidad y una total abdicación sometida.

Mujer sin Edén. Del bloque del Génesis has partido. Eva ha sido arrojada del Paraíso. Sufre, vive, ama, da hijos. En realidad no muere. Eva es la primera mujer, y es la Mujer intemporal. Eva sucesiva de las generaciones.

Para ti, con valiente, con patética interpretación del Génesis, jamás Dios amó a la Mujer. A diferencia del hombre, Eva no fue creada directamente de la pura materia primaria. Entre ella y Dios una dependiente materia, local, la costilla de un hombre, se interpuso en la creación subordinada.

. . . . . .

Pero hay más, y esto es muy hondo y revela lo que yo creo es el sentido del libro completo. Dios no ama a la Mujer porque quiso al hombre para sí entero y la Mujer —Naturaleza— le distrajo de su adoración única. Hay como un truncamiento —hondísimo símbolo— del destino en este sobrecogedor encelamiento que decidió la condición humana. La Mujer fue maldita y nunca perdonada.

En el Edén ya lloró después del pecado, con reproche al Dios de la misteriosa cólera:

> ¿Por qué te sorprendió que le buscara,
> por qué tuviste celos de mi lucha
> por ir de nuevo a él?

Por ir a él, unirse de nuevo a él, puesto que de él, de su carne, la había sacado.

Esta concepción tiene tal transcendencia que subvierte, conservando el dato, todo el sentido de la culpa.

¿Existe culpa? ¿Dónde está el pecado original? Si la Mujer, en el Edén, yendo al hombre, uniéndose en carne con él, cumplía su destino, no era culpable. Toda ella seguía brillando con inocencia. Era el amor,

y después del amor todos los seres de la Naturaleza son inocentes.

. . . . . .

Esta concepción de subvertidora grandeza (no existe la culpa; pecar fue inocentemente desagradar a Dios) se transmite con dolor en el fluir de las generaciones. Eva, la Mujer, pervive en ellas siempre misma, jamás perdonada porque jamás querida. En el Poema, aludidamente, Eva es las hijas de Lot, es Sarah, es Agar. Es, al fin, María.

Visión llena de majestad dolorosa que hace una voz única, voz de la antigua Eva, voz de la intemporal mitad de la especie, que aquí con total ambición unitaria por este libro se expresa.

. . . . . .

Pero no. El divino castigo a Eva se prolonga. María, encarnación todavía de la Mujer, verá morir a su excelso Hijo. En nombre del sufrimiento sin redención, Eva ancestral exclama:

> Pero María jamás pecó, ¿por qué la eliges
> tu sufridora?

Es siempre Eva. No hay redención del dolor. Caín, ¿por qué fue desamado por Dios? Sólo porque engendrado en el Edén. No podía ser acepto.

. . . . . .

Y todo ello visto como una visión orgánica, con coherencia total de poema, misteriosamente revelador de causa y fin, de origen y destino, que hace de esta voz la verdadera voz del vate.

Sí: he ahí a la Mujer. Una mujer la expresa. Al cerrarse este libro se entrevé una figura gigantesca de antigua profetisa. Tiene algo de bulto miguelangelesco. Vieja, viejísima, sentada, como una montaña se levan-

ta sobre el perfil del horizonte y su voz resuena sobre la muralla de los siglos. Y es un inmenso quejido lo que se oye.

Y lo que sobrecoge es sentir que es una mujer concreta, de hoy, la que inspiradamente ha puesto su voz —también tú Eva, también en ti perpetuamente redivi-va— en el lamento que por primera vez valerosamente se escucha.

Aquí tienes, querida Carmen, cómo recuerdo algo de lo que vi y sentí cuando, recién nacido el libro, lo tuvo palpitante entre las manos, en 1945. Tu amigo

Vicente.

DAMASO ALONSO

Si en *Ansia de la gracia* leemos sólo los primeros poemas y los últimos, creeremos que media entre ellos un abismo. Pocas obras, sin embargo, más ligadas en su desarrollo interno, más personales que ésta. Mientras las aguas de nuestra lírica se encrespaban, la autora estaba pasando de la adolescencia a la plenitud femenina. En el libro observamos un orden casi cronológico. Y al refluir de las páginas, los poemas que al principio eran como breves apuntes sin desarrollo, se van haciendo más largos y trabados; el ritmo, contenido primero (y no sin vacilaciones) crece luego, amplio, fluido, isócrono compañero de la expresión; en fin, del tierno sentimiento adolescente de las primeras poesías pasamos a la intensidad candente y a la profundidad de las últimas. Es, pues, este libro como una imagen del destino poético español entre las fechas en que fue escrito. [...] Los poemas eróticos del libro tienen ya una nota de valentía, de enorme sinceridad. Dudo que labios de mujer española hayan hablado alguna vez del amor con tanta verdad, con tanta despreocupada castidad esencial, con tan sobrecogedora belleza. Pero

pronto el panorama poético se amplía. La segunda parte es una indagación en el destino humano, un intento de compenetración, de fusión con las distintas formas del mundo. [...] Una intensa vitalidad, afirmada contra la muerte, está lanzando ardientes llamadas a los seres y trata al mismo tiempo de indagar la razón de su existir, las posibilidades universales de su raíz hincada. Es un frenesí, un terrible amor, antes a un hombre, ahora a todo. Es un gozo de sentirse parte de la naturaleza. [...] Como en la poesía de Aleixandre, pero de un modo muy distinto, las formas del mundo se confunden, se trasmutan, se equivalen. Allí, lo mismo que en *La destrucción o el amor,* que en *Sombra del Paraíso,* hay una negación de lo humano. Esta poesía de Carmen Conde es, aun en el dolor, iluminada, vitalista. He aquí el camino (pues todo, todo se trasmuta —Amado, Naturaleza, Divinidad—) por donde la voz que canta llega a Dios. [...] La última parte de la obra vuelve a dar netamente polarizada hacia los dos grandes misterios (origen y final) la temática de esta intensa poesía: amor, destino, Dios. Pero el amor ya no es un dulce hervor de la sangre, es ahora la raíz de la existencia y su meta última.

(De *Poetas Espanoles Contemporáneos,* Gredos, Madrid, 1948.)

GERARDO DIEGO

Una «bella queja de amor lanzada en Cartagena», una broma de «Lola» (la quejumbrosa se llamaba precisamente «Carmen», como revista chica de poesía española, la cual era amiga y suplemento de la desvergonzada y purísima «Lola») y hete aquí un nombre nuevo que ya no se nos va a olvidar, desde que un poco antes —unos veinte años hace— lo leímos al pie de unas prosas breves e hirvientes. La saeta de «Lola» no iba demasiado envenenada y en todo caso pagaba

justo por pecador. Era la frasecita así, sin más, la que resultaba cursi. Y llovía sobre mojado en las calendas de la conmemoración centenaria gongorina. Recordándolo, Carmen Conde y Jaime de Atarazanas ríen ahora juntos, «sin rencor» (como rezaba cierta dedicatoria, la dedicatoria mínima de un libro de K. Q. X.), y unidos en el fervor poético y en la devoción nunca desmentida y siempre confesada por el altísimo poeta de Moguer. Pero habían de trascurrir no pocos años antes de que la poesía de Carmen Conde ascendiese a su abrasado cenit y antes también de que un conocimiento directo comprobase y fijase la nueva imagen adivinada a través de una nueva poesía huracanada y magnífica.

(En *Mensajes de Poesía*, Vigo, 1951.)

ENRIQUE AZCOAGA

El tremendo desequilibrio que yo advierto entre la fortaleza y confianza íntimas de Carmen Conde la hacen hija predilecta literariamente del ímpetu y del ansia. La poesía de esta murciana, tan lejos hoy de *Brocal* y de *Júbilos* como abocada a una madurez expresiva de la mejor clase en «Canto a Amanda», tiene mucho casi siempre de «no es bastante», de esfuerzo incompensado, de pasión tremebunda, ya que para Carmen Conde siempre será más importante una «verdad esforzada», el «empeño» indudable de toda su obra, que el discurrir de una lograda verdad. Madurez para ella no es un orden colmado y en flor, sino algo superior al brío. Plenitud para la difícil cartagenera, un resultado capaz de reconocer la fatiga como ceniza, en vez de la serenidad suficiente como glorificación. La obra de esta mujer martillea, percute, aunque nunca hiera. Sin *conciliarnos* con sus objetivos esenciales, puesto que nos los presenta como modelos agresivos,

firmísimos, angustiosamente crucificados, por esa salud que quiere ser de piedra y gracia en su obra particular.

(En *Mensajes de Poesía,* Vigo, 1951.)

MIGUEL DOLÇ

Carmen Conde se ha enfrentado con los caminos más bellos, difíciles y comprometidos: Dios, el amor, la mujer, el adolescente, la naturaleza, la vida, la tragedia, la soledad, la libertad y, por supuesto, con sus respectivos contrastes o complementos. Es un orbe poético que, en su conjunto, fascina, sobrecoge o tortura. ¿Cómo va a sentirse la poetisa ya realizada por él? Tiene que sufrir por la misma razón de su inextinguible sustancia poética. Y ese sufrimiento no tiene esperanza. Si la tuviera, ¿qué sería de la poesía? ¡Hay tanto mundo que recorrer aún! Y más allá de sus límites, «un espeso universo de planetas». Carmen Conde nos acompaña por él con su perpetuo interrogante: a veces, «con voz desterrada, desierta de luz»; otras, quebrándose «en gritos de amor impaciente»; pero siempre con su «estremecedor latido». [...] La concepción estética de Carmen Conde no consiste en pintar o describir la realidad objetiva, sino en representar proyecciones de su fantasía o de su más recóndita conciencia. Más que «la» naturaleza, el espejo de su arte transcribe «su» naturaleza propia. La poetisa se entrega al mar, se funde, «cuerpo avaricioso de tu cuerpo», con su abrazo, y lo llena de imaginarios seres vivos. De aquí que su paisaje marítimo, nítido y terso en la superficie —«mármol», le llamaría Virgilio—, sugiera mil significados diversos, más allá de sus oscuras profundidades, de su recio oleaje, de su olor de siglos. No aludimos con estas palabras sino a una de las características que sobresalen, globalmente, en la poesía de

Carmen Conde. Situada en esta zona del poder simbólico, la poetisa no tiene míticamente posibilidades de elección: debe entregarse al amor, al mar y a la vida con una ciega profesión de fe, capaz de descubrir «cosas» para las que no están hechos los ojos cotidianos de los hombres, hasta lograr, sin intentarlo, un grado de experiencia casi incomunicable, pero no exenta de valor para la comunidad humana. No otro es el concepto de la vida, dentro del milagro y el enigma de la creación, que Carmen Conde define o desarrolla en innumerables páginas de sus libros: su propia condición humana, plena y honestamente transformada en poesía y en disciplina de escritora, ha sido en cierto sentido hondamente representativa de la misma condición existencial del hombre.

(Del prólogo a la antologia *Días por la tierra*, Editora Nacional, Madrid, 1977.)

LUIS JIMENEZ MARTOS

La palabra de Carmen Conde es cálida y fuerte; fuerte, al modo que se suele entender, no en el sentido de lo que dice —aunque tenga una esencial audacia su poesía—, sino en su tono personalísimo: denso y acariciador, ondulado y firme. Como ocurre en todo verdadero poeta lírico, la intimidad es lo que importa, el adentramiento hasta el límite posible en el interior humano estremecido. Aquí el amor es núcleo y bordes. Hay unilateralidad y necesaria insistencia en torno, sobre y dentro de aquél. Constantemente es perceptible que lo elegíaco busca su propia superación y que la fuerza, con repentinos quiebros, no impide las mayores suavidades que hayamos encontrado nunca en la obra de Carmen Conde, tan dada a la exaltación. La exaltación, las broncas complejidades, quedan asumidas en una magnífica y sensibilísima contextura llena

de superiores bellezas. *Derribado arcángel* es canto y confesión, esto es, las dos determinantes virtudes líricas. Cuerpo y alma del amor. [...] *Derribado arcángel* presenta varios rostros, varios registros. Pues contiene partes de sola belleza —como el canto a las doncellas—, pausas donde el poeta atiende a un mundo fuera de sí, pero no ajeno. Coro de su tormentoso, dulce, valiente e íntimo sentir, que hace círculos en el agua sin alejarse mucho de su centro: el amor a solas. Un libro importante éste de Carmen Conde.

(En «Agora», núms. 46 48, Madrid, agosto-octubre 1960.)

MARIA DOLORES DE ASIS

Júbilos recoge los recuerdos de la infancia de Carmen: se revela ya su ardiente fe en la vida, el color y la exuberancia de una hija del Mediterráneo; también la ternura y la protesta. *Mientras los hombres mueren* es un conjunto de poemas en prosa escritos ante el horror de nuestra guerra civil; poesía de testimonio del dolor de tantas vidas perdidas o deshechas, expresado desde la intimidad de la mujer, abierta a las corrientes de la vida, traspasada por el poder de la sangre, siempre madre en realidad o en potencia. *Pasión del verbo* es una recopilación de poemas que inaugura la en adelante ininterrumpida labor. La ternura, el amor, el testimonio de este mundo son coordenadas de su creación literaria. La ternura la ha expresado fundamentalmente en *Ansia de la gracia* o *Los monólogos de la hija,* versos transidos por la nostalgia al ver la crueldad del tiempo, reflejada en el envejecimiento de la madre. El amor, la interpretación de la condición femenina, recorren los poemas de *Mujer sin Edén,* con lenguaje bronco y sincero. En *Vivientes de los siglos* y *En un mundo de fugitivos* aborda temas permanentemente humanos [...], y este carácter de obra poética que recoge las voces de

otros hombres no registradas por ellos se encuentra en la más reciente producción de Carmen, que sigue siendo testimonial y ardiente.

(En *Antología de Poetas Españoles Contemporáneos*, Narcea, Madrid, 1977.)

RITA GEADA

En *Cita con la vida* se identifica la poetisa con dos mitos contrastantes: el de Narciso y el de Sísifo. Narciso, el contemplador contemplándose a sí mismo, el deleite del quietismo en el desdoblamiento, la otredad que se nos escapa, la búsqueda de la identidad, el ser en potencia. Sísifo, el ser actuante en lucha contra el destino, ascendiendo con su carga y ya a punto de alcanzar la meta soñada en la caída y la necesidad de comenzar de nuevo. Sísifo, la angustia del esfuerzo vano que se rehace a cada instante cobrando renovadas fuerzas. Dos imágenes: Carmen-Narciso en el ensimismamiento de la autocontemplación retrotraída en el tiempo, y Carmen-Sísifo en la repetición cíclica del acto sobrehumano de luchar contra la adversidad, lucha que no cesa, meta que no se alcanza, la roca volviendo a caer sin piedad tras el esfuerzo en subirla. Esta doble mítica refleja una realidad ontológica, intemporal, revivida en presente perpetuo, como ritmo y ciclo, haciendo así del tiempo, de su tiempo vital sobre la tierra, algo reversible, en virtud de la intensidad de las vivencias, siempre frescas, renovadas en presente continuo, rescatadas por la fuerza del ser que fue y que sigue siendo, del ser plasmándose en poesía. Ya en *Corrosión* se adelanta la imagen de Carmen-Narciso, se confrontan la Carmen contemplada, la niña y la joven que fue y por ello no ha dejado del todo de ser, y la Carmen contemplada, «ésta que soy ahora». [...] En *Cita con la vida* va a reaparecer este símbolo yuxtapuesto muchas veces con el de Sísifo y desplegado aho-

ra en una amplia metáfora espacial y temporal abarcadora de su trayectoria en la vida. [...] Recobra así su propia imagen antigua para, de modo esclarecido, iniciar, desde su presente maduro, el canto poético a la aventura de vivir, mirando de nuevo absorta todas las bellezas. [...] La obsesión de Carmen por la fuerza tan querida de la naturaleza que es el mar, la mar en su género ambiguo, su afán de dar solución en ella, es una de las mayores constantes de toda su obra, constituyendo una imbricación de materia subconsciente con la del recuerdo o la añoranza. [...] Su mar Mediterráneo sintetiza en ella lo pagano y lo cristiano; [...] es capaz a su vez de representar la unicidad buscada. [...] Este impulso vital, esta dinámica avidez abocada a alcanzar la «unicidad distinta», como ella misma la define, nunca se detiene. Hay una reintegración vitalista en el tiempo que no concluye, a través de una búsqueda incesante en la cual refleja su angustia oníricoexistencial y su fe en el amor como un todo unificador. [...] Carmen Conde en su poesía última, situada ya en los confines de la más lúcida y acendrada experiencia humana y poética, contempla su trayectoria vital llena de dolor, desasosiegos, decepciones, pero también de júbilo, afanes e ilusiones. Este andar vitalísimo, transmutado en arte por la creadora, fluye incesante, luminoso, desde la perspectiva del ser en el tiempo, en el ciclo rítmico desde el pasado más remoto de sus días por la Tierra hasta el presente de toda una vida entregada a la poesía, donde se han debatido y se debaten con intensidad todos los opuestos, y donde amor, vida y mar se conjugan armoniosamente. Desde el presente integrador, la poeta proyecta su imagen desdoblándola para así mejor contemplarla, para entregárnosla en una lúcida y abarcadora metáfora espacial y temporal que sintetiza la experiencia totalizadora y concreta del amor y de la vida. Mediante un perspectivismo ontoló-

gico, que en su multiplicidad y riqueza aspira hacia la unidad esencial del ser, logra esta mujer artista transformar el caos en cosmos, ser cosmos ella misma, y en ese afán conciliador de carácter trascendente, Carmen Conde, mediante el acto creativo, la confiere a su vez un valor de proyecciones metafísicas a su propia existencia y a la existencia de muchos.

(En la revista «Los Universitarios», núm. 187, julio 1981, Universidad de México.)

MARIANO BAQUERO GOYANES

Hay en el decir poético de Carmen Conde un regusto clásico que, por la fuerza de la severidad y casi ascetismo [...], permitiría situar esta poesía de apartamiento y de soledad en la más pura línea de nuestra lírica de los siglos de oro, tantas veces atravesada por ese motivo en modulación horaciana o barroca. Y, sin embargo, el mismo o semejante motivo en los poemas de Carmen Conde se ha hecho carne y voz de nuestro tiempo, roto trágicamente con tantas oposiciones, dualismos y conflictos, por lo que el hombre se ve una y otra vez enfrentado al hombre, sin tregua y sin casi esperanza de concordia. La *tierra de nadie* de Carmen Conde no es el cobijo frío y elegante del esteta que se segrega de sus prójimos y de sus problemas. No es la tradicional torre de marfil desde la que contemplar insolidaria y desdeñosamente un mundo turbio y confuso con el que no cabe identificación. No; esta tierra de nadie es, a la vez, paradójicamente, la de todos y cada uno de los hombres, hermanados desde una perspectiva hecha de dolorido —por incomprendido— amor. [...] Fiel una vez más a su tiempo a la vez que a la intemporalidad de toda alta poesía que queda y trasciende. Porque esa tierra de nadie es, conjuntamente, la del poeta y la del hombre que vive *hic et nunc,* porque

en ella convergen eternidad y presente, es por lo que su paisaje resulta simbólicamente abstracto. Carmen Conde nos ha abierto las puertas de su tierra de nadie, de este libro, uno de los más bellos que ha escrito, por la compacidad de su estructura, por la potencia de su gran aliento poético, por lo alto y noble de su empeño y de tan radicalmente hispánico entramado espiritual.

(Del prólogo a *En la tierra de nadie,*
cuaderno editado por «Laurel del Sureste» en 1962.)

CONCHA ZARDOYA

[...] Y he aquí, pues, el valor universal de este libro, dolorida historia, cósmica biografía del género humano, en constante batalla consigo mismo y con el mundo que le rodea. Libro que, en cierta manera, es síntesis del Antiguo y del Nuevo Testamento. Por su tono, no desdice del *Libro de Job* ni del *Eclesiastés.* Hay algo de profético en él, una intención religiosa o casi religiosa.

Y la palabra de estos versos es viva, pura, exacta. Ni un adorno, ni una concesión al afeite lírico. Palabra calcinada en su pureza y castidad, palabra que duele: palabra íntegra, virtual, esencial. ¡Qué lejos de este libro la forma por la forma, la lírica divagación! Nada sobra aquí: la palabra sirve al verso y el verso a la idea o la emoción, en plena desnudez. El verso es alma y carne nada más. No es ropaje ni siquiera piel. El ascetismo expresivo es una de las características más acusadas de *Mujer sin Edén,* libro enraizado en la propia carne y en la entraña del alma; libro humano y, a la vez, libro místico o libro ascético. Sus versos nacen del Espíritu de la Mujer y tocan el misterio de Dios, alzándose a los cielos desde la dolorida existencia.

Cada poema merece un comentario. Aunque hay algo en el libro que nos hace sentirnos incapaces de

todo análisis: algo que nos impide hurgar en la anatomía poética, palpar vísceras, nervios y venas. Un fuerte *elan* anímico y vital nos obliga a sumergirnos en él, totalmente ganados por el poderoso arrebato de estos versos desnudos y vívidos. Sufrimos, después de un proceso de catarsis interior, el gozo de haber descendido —o ascendido— al caliente corazón que respira en todo el libro, en cada verso, en cada palabra, en las grandes odas y en las conmovedoras canciones a Caín y Abel.

Los Cantos del libro caen sobre el alma como torrente o como fuego, como lava dolorosa o como patética queja inextinguible de todas las mujeres: ellas lloran, en él, el destino de haber sido vinculadas a Eva, de haber sido condenadas a perder el Paraíso, esa patria de inocencia. La imprecación no excluye la ternura.

[...] Un libro tierno y a la vez de vena imprecatoria, ardiente y desgarrado. Libro en el que lo paradisíaco —tema de ascendencia miltoniana y vicentealeixandrina— se entrelaza con la angustia existencial emanada de fuentes bíblicas y de *Hijos de la ira,* pero vertido en un lenguaje muy personal. Estupendas sinestesias, naturalismo visionario, expresiones arcaicas, concisión sintáctica —entre otros rasgos— caracterizan el estilo de esta obra de vasto alcance y vigencia. *Mujer sin Edén* siempre será uno de los libros más representativos de Carmen Conde y de la poesía española de posguerra.

(Poesía española del siglo XX. Gredos, Madrid.)

JOSE ALBI

La valiosa personalidad y la potencia creadora de Carmen Conde han abierto caminos a la poesía femenina contemporánea. Todo el ámbito enfermizo de

magnolias, crepusculares abandonos y falsos misticismos que las poetisas sudamericanas habían impuesto se derrumba bajo el impulso de una fuerza poética que nace de las zonas más claras y profundas de la sinceridad, y que con un ímpetu avasallador barre fáciles blanduras y levanta la poesía escrita por mujeres al nivel mismo de la autenticidad y la pasión. Carmen Conde ha borrado los últimos equívocos sobre la posible supeditación de la actitud creadora femenina a los mínimos ideales de una trivial sensiblería. Esta hermana espiritual de Santa Teresa ha dado ejemplo de vigor, de alta visión de los hombres, de interna fortaleza y plena capacidad de acercarse a la vida, prolongarse en ella, vibrar en todas las inquietudes y, densamente, conferirles investidura literaria.

(En la revista «Verbo», núm. 33, julio-septiembre 1963, Valencia.)

FRANCISCO LEAL INSUA

El existencialismo no acusa aún marcadamente su presencia en la creación poética, pero debe registrarse la circunstancia de que Carmen Conde, entre los grandes poetas, respondió en España —acaso por vía subconsciente— a la llamada de esta hora. Me parece que entre nosotros aún no se hizo crítica en este sentido, pero está bien claro que Carmen Conde se entrega a la angustia de la época, para poder dominarla y materializarla. Alguien se desconcertó ante la ruda sinceridad de *Ansia de la gracia,* y, sin embargo, aquello era ya una posición avanzada. Clareaba entonces el horizonte para poder llegar después a las manos y al corazón de todos los sensibles al desgarrado y eminente poema de *Mujer sin Edén.* ¿Dolor de la culpa? ¿Aflicción bíblica? ¿Existencialismo inicial? Es un libro para iniciados. A veces el reproche se desborda, a veces la metáfora se distiende. Pero hay en él vibración, fuerza poética,

maternidad. Sobre todo una inmensa y cósmica maternidad. [...] Resultaría muy interesante estudiar el parentesco existencialista de tres obras excepcionales de la poesía contemporánea: *Sombra del paraíso,* de Vicente Aleixandre; *Voz de este mundo,* de Joaquín de Entrambasaguas, y *Mujer sin Edén,* de Carmen Conde. Creo que a nadie se le ha ocurrido agruparlas y, sin embargo, juntas componen ese paisaje inquietante de la tierra de nadie que ha quedado entre la fenomenología de Husserl y la filosofía existencial de Heidegger.

(1948)

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

El libro *[Ansia de la gracia]* es un hervor y un fervor. El mundo mediterráneo de las páginas iniciales se ha hecho más amplio con el descubrimiento de la Meseta, con lo que la visión del paisaje pasa de la sensorialidad a la mirada trascendente. Y por encima (y por debajo) está Dios. Se aleja de la sensorialidad a flor de piel. Incluso la presencia física del mundo trasciende un mensaje, como de las flores que advierten la fuerza de sus raíces. Desde esta tierra interior evoca el mar lejano, en el que también descubre la razón recóndita de lo enraizado. Todo el libro es una fusilería de miradas impacientes, un derramarse ávidamente sobre las cosas, una interrogación a vida o muerte. Un anhelo crepitante de trascendencia, que le lleva a la cúspide de las soluciones, a una entrega de cálido misticismo, a una impaciencia amorosa. [...] Contiene el esquema fundamental de la cosmovisión poética de Carmen Conde, apoyada en un mundo desdoblado en tierra y mar y presidido por una idea trascendente, la de un Dios. La dimensión de esta «weltanschaung» obliga a un tono mayor, en su estío poético. Y, efectivamente, los subsiguientes libros surgen *(Sea la luz, Mujer sin*

Edén, Iluminada tierra, Vivientes de los siglos...) con un tono de voz más resonante, con más armadura retórica, como piezas mayores, algunas divididas en «cantos» numerados, que reflejan la unidad superior del poema. Se trata, en suma, de un esfuerzo de plenitud, que se expresa ambiciosamente en un decir barroco, en el que la ebullición de las sensaciones se corona con una conciencia de la presencia de Dios, tema muy importante en la poesía de Carmen Conde, con una vertiente bíblica y evangélica, por un lado, y, por otro, con una presencia de la tradición ascético-mística castellana, en la línea de Santa Teresa. A estos precedentes se añaden otros temas: el del paso del tiempo, el de la injusticia del mundo, el de la condición de la mujer. [...] Pero, a partir de 1952, se fechan unos poemas que hallarán su expresión en un volumen titulado *En un mundo de fugitivos.* [...] En estos poemas la escritura ha cambiado, para dejar paso a un decir más distendido, fluctuante, amplificado, cuyo magisterio viene del segundo período (surrealista) de Vicente Aleixandre, o del estremecimiento existencialista del Dámaso Alonso de *Hijos de la ira.* El verso, apenas sujeto a estructura rítmica, tiende a las grandes unidades sinuosas, al discurso continuado, que refleja un mundo espectral, turbio como un magma de profundidades submarinas. [...] La visión del mundo es alucinante, y la vida es la ciudad llena de gestos patéticos, un poco a la manera de *Poeta en Nueva York,* de Federico. Así, Carmen Conde saca a la superficie un fondo que estaba en ella, soterrado, minando las galerías del subconsciente. Un mundo que la circunstancia española de la posguerra había almacenado, sin duda, en su corazón. [...] A partir de 1960 esa barroca, derramada, encendida, borrascosa visión del mundo entra en cierto remanso de equilibrio, que empieza a cristalizar en el libro *Derribado arcángel* y que podría llevar como lema alguno

de sus versos que tienen la brillantez diamantina del último Juan Ramón. [...] La experiencia vital enriquecida con el amor y con el dolor, con la vida y la muerte, busca estratificarse en módulos expresivos, de ahí el título de *Humanas escrituras,* en las que las figuras que han rodeado su vivir desfilan con presencia estremecida, como contrapunto y fuga de un mundo que, de alguna manera, se simboliza con el título de uno de sus últimos libros: *Corrosión.*

(Del discurso de contestación en el ingreso de Carmen Conde en la Real Academia Española, 1979.)

FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA

Carmen vuelve, con su estilo peculiar de adjetivos enriquecedores, del concepto antes de que éste llegue a nuestro sentido; de transformaciones y revitalizaciones de palabras que, como los adverbios, obtienen una sustantivación creadora, de verbos surgidos del sustantivo puesto en acción, en movimiento, para que fluyan como ese río lentísimo de fuego. Vuelven los poemas fijados en el tiempo y en el espacio con la fecha y el lugar que, con gran personalidad, Carmen Conde deja prendidos al instante feliz de su producción. Y vuelven renovados los versos que libremente se ciñen a la expresión y que, en ocasiones, se convierten en suaves endecasílabos o en alejandrinos cuidados. Pero esta nueva aparición trae consigo tantas novedades, que nuestra insistencia en la otra vez queda interrumpida aquí para descubrir a la poetisa rebelde, valientemente empeñada en la defensa y proclamación de una humanidad con sus derechos, de una solidaridad vital envuelta en la estética de un grito ante la desolación, para revelar una inquietud ante el paso del tiempo esperanzada en el futuro inmortal. [...] Pero no hay ante este paso del tiempo ni rebeldía ni temor, ni siquiera

renacentista apresuramiento por el vivir, ni desprecio barroco de una existencia reputada como fugaz: hay sólo esperanza, entre recuerdos en el reencuentro definitivo. [...] Poesía, pues, encendida en la memoria y en la esperanza, que nos vuelve a traer a una Carmen Conde llena de vitalidad estética y lírica, poseída por una grandiosa fuerza expresiva, creadora de unos mundos lanzados al aire con su ya habitual sincero y sereno apasionamiento.

(En la revista «Tránsito», Murcia, 1979.)

Cronología

1907. Nace en Cartagena (Murcia), el día 15 de agosto.
1913. Ingresa en el Colegio de San Miguel, de monjas de San Vicente.
1914. Se traslada con su familia a Melilla.
1915/1919. Asiste a varios colegios. Primeras lecturas.
1920. Regresa a Cartagena. Asiste al Colegio Inglés. Lee a Lamartin y la Biblia. Aprende francés.
1922. Primeros poemas.
1923. Entra a trabajar en las oficinas de la Sociedad Española de Construcción Naval.
1925. Primeras publicaciones en la prensa local.
1926. Beca del Ayuntamiento de Cartagena para estudiar Magisterio.
1927. Conoce al poeta Antonio Oliver Belmás.
1928. Lecturas de Juan Ramón Jiménez.
1929. Publica *Brocal*, colección Cuadernos Literarios, Edit. La Lectura, Madrid.
1930. Termina Magisterio en la Escuela Normal de Albacete.
1931. Contrae matrimonio con Antonio Oliver. Con el mismo funda la Universidad Popular de Cartagena, de la que será secretaria. Desempeña una escuela en interinidad.
1932. Amistad con Miguel Hernández.
1933. Conoce a Gabriela Mistral, quien prologará su segundo libro. Nace muerta su única hija. Dicta una conferencia sobre pedagogía social. Funda la revista «Presencia».
1934. Publica *Júbilos*. Ediciones Sudeste, Murcia. Muere su pa-

dre. Dirige la Sección Cultural de Cine Educativo. Viaja a Mallorca.

1935. Cursos en la Universidad Popular. Colaboraciones en periódicos de Madrid; entre otros, «El Sol».

1936/1938. Durante la guerra civil visita las ciudades de Guadix, Baza y Jaén, donde está destinado Antonio Oliver, en el ejército republicano. Reside en Valencia y cursa en su Universidad estudios de Letras.

1939. Al acabar la guerra se refugia en Madrid, en casa de una familia amiga.

1940. Reside en El Escorial.

1943. Con el nombre de «Florentina del Mar» publica una biografía para niños de *Don Juan de Austria,* Edit. Hesperia, Madrid.

1944. Comienza a publicar, como «Florentina del Mar», en las revistas «La Estafeta Literaria» y «El Español». Edita la novela *Vidas contra su espejo,* Edit. Alhambra, Madrid; y en la misma editorial, los relatos *Soplo que va y no vuelve.*

1945. La colección Adonais publica, en su volumen XIX, *Ansia de la gracia.* Entra a colaborar en la Sección de Bibliografía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la Sección de Publicaciones de la Universidad de Madrid.

1947. Publica *Mi fin en el viento,* volumen XLII de Adonais, Madrid. Publica *Sea la luz,* colección Mensajes, Madrid. Publica *Mujer sin Edén,* Ediciones Jura, Madrid.

1948. Publica *Cartas a Katherine Mansfield,* Edit. Doncel, Zaragoza.

1949. Publica el libro de ensayos titulado *Mi libro de El Escorial,* edición del Colegio Mayor Santa Cruz, Valladolid.

1950. Aparece su novela *En manos del silencio,* Edit. Janés, Barcelona.

1951. Publica su libro *Iluminada tierra,* Madrid. Conferencia en el Instituto de España, de París.

1952. Viaje a Londres.

1953. Publica *Mientras los hombres mueren* (1938-1939), editado por Instituto Editoriale Cisalpino, de Milán. Viaje a Italia. Aparece el libro de Juana Granados *Carmen Conde. Poesie.* La Edit. El Grifón publica su volumen de novelas breves *Cobre,* Madrid. Su novela *Las oscuras raíces* obtiene el premio Elisenda de Moncada. Intern. Edit. Garbo, Barcelona.

1954. Premio Nacional Simón Bolívar por *Vivientes de los siglos.*

1955. Primera edición de su antología sobre *Poesía femenina viviente,* Ediciones Anroflo, Madrid.

1959. Edita *Los monólogos de la hija,* Madrid.

1960. Aparece *Derribado arcángel,* Ediciones Revista de Occidente, Madrid. La Editorial Losada publica, en Buenos Aires, *En un mundo de fugitivos.* Muere su madre.

1962. La Universidad de Murcia publica *Los poemas del Mar Menor.* Se edita *En la tierra de nadie,* Ediciones El Laurel, Murcia. Viaje a América con su marido.

1963. Publica *Jaguar puro inmarchito,* escrito con motivo del viaje por América.

1964. Se publica en Managua (Nicaragua) su biografía *Acompañando a Francisca Sánchez.*

1967. Publica *Un pueblo que lucha y canta (Literatura medieval española),* Editora Nacional, Madrid; *Once grandes poetisas americohispanas,* Ediciones Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, y *Obra Poética (1929-1966),* Biblioteca Nueva, Madrid. Obtiene el Premio Nacional de Literatura.

1968. Muere Antonio Oliver.

1969. La Editorial Bruguera, de Barcelona, publica su antología *Poesía amorosa contemporánea.*

1970. Publica *A este lado de la eternidad,* Biblioteca Nueva, Madrid.

1975. *Corrosión,* editado por Biblioteca Nueva, Madrid.

1976. *Cita con la vida,* editado por Biblioteca Nueva, Madrid.

1978. Aparece *El tiempo es un río lentísimo de fuego,* Libros Río Nuevo, Ediciones 29, Barcelona.

1979. Ingresa en la Real Academia Española de la Lengua.

1980. Publica, en Biblioteca Nueva, Madrid, *La noche oscura del cuerpo.* Obtiene el Premio Ateneo de Sevilla por su novela *Soy la madre.*

Bibliografía

POESIA

BROCAL. Edit. La Lectura, Madrid, 1929.
JUBILOS. Edit. Sudeste (prólogo de Gabriela Mistral), Murcia, 1934.
ANSIA DE LA GRACIA. Colec. Adonais, Madrid, 1945.
MI FIN EN EL VIENTO. Colec. Adonais, Madrid, 1947.
MUJER SIN EDEN. Edic. Jura, Madrid, 1947.
SEA LA LUZ. Colec. Mensajes, Madrid, 1947.
ILUMINADA TIERRA. Madrid, 1951.
MIENTRAS LOS HOMBRES MUEREN. Instituto Editorial Cisalpino, Milán, 1953.
VIVIENTES DE LOS SIGLOS. Madrid, 1954.
EMPEZANDO LA VIDA. Revista «Al-Motamid», Tetuán, 1955.
LOS MONOLOGOS DE LA HIJA. Madrid, 1959.
EN UN MUNDO DE FUGITIVOS. Edit. Losada, Buenos Aires, 1960.
DERRIBADO ARCANGEL. Edit. Revista de Occidente, Madrid, 1960.
POEMAS DEL MAR MENOR. Universidad de Murcia, 1962.
JAGUAR PURO INMARCHITO. Madrid, 1963.
OBRA POETICA (1929-1966). (Además de los libros citados hasta aquí, contiene: SOSTENIDO ENSUEÑO, EL ARCANGEL, MIO, EN LA TIERRA DE NADIE, SU VOZ LE DOY A LA NOCHE, DEVORANTE ARCILLA, ENAJENADO MIRAR y HUMANAS ESCRITURAS, inéditos o que fueron publicados en ediciones no

venales.) Edit. Biblioteca Nueva, Madrid, 1967 (Premio Nacional de Literatura).

A ESTE LADO DE LA ETERNIDAD. Edit. Biblioteca Nueva, Madrid, 1970.

CANCIONERO DE LA ENAMORADA. Colec. El Toro de Granito, Avila, 1971.

CORROSION. Edit. Biblioteca Nueva, Madrid, 1975.

CITA CON LA VIDA. Edit. Biblioteca Nueva, Madrid, 1976.

EL TIEMPO ES UN RIO LENTISIMO DE FUEGO. Ediciones 29, Barcelona, 1978.

LA NOCHE OSCURA DEL CUERPO. Edit. Biblioteca Nueva, Madrid, 1980.

ANTOLOGIAS

De obra propia:

DIAS POR LA TIERRA. Editora Nacional, Madrid, 1977.

De obra ajena:

POESIA FEMENINA VIVIENTE. Edit. Anraflo, Madrid, 1955.

ONCE GRANDES POETISAS AMERICOHISPANAS. Edit. Cultura Hispánica, Madrid, 1967.

POESIA FEMENINA ESPAÑOLA. Edit. Bruguera, Barcelona, 1967.

POESIA AMOROSA CONTEMPORANEA. Edit. Bruguera, Barcelona, 1969.

POESIA FEMENINA ESPAÑOLA. (Vol. II). Edit. Bruguera, Barcelona, 1971.

PROSA

VIDAS CONTRA SU ESPEJO. Edit. Alhambra, Madrid, 1944 (firmada como «Florentina del Mar»).

SOPLO QUE VA Y NO VUELVE (Relatos). Edit. Alhambra, 1944 (firmada como «Florentina del Mar»).

CARTAS A KATHERINE MANSFIELD. Edit. Doncel, Zaragoza, 1948.

MI LIBRO DE EL ESCORIAL (Meditaciones). Colegio Mayor Santa Cruz, Valladolid, 1949.

EN MANOS DEL SILENCIO (Novela). Edit. José Janés, Barcelona, 1950.

COBRE (Novelas breves). Edit. El Grifón, Madrid, 1953.

LAS OSCURAS RAICES (Novela). Edit. Garbo, Barcelona, 1953.

ACOMPAÑANDO A FRANCISCA SANCHEZ (Resumen de una vida junto a Rubén Darío). Ediciones Mesa Redonda Panamericana, Managua, 1964.

UN PUEBLO QUE LUCHA Y CANTA (Literatura Medieval Española). Editora Nacional, Madrid, 1967.
MENENDEZ PIDAL (Biografía). EPESA, Madrid, 1969.
GABRIELA MISTRAL (Biografía). EPESA, Madrid, 1970.
LA RAMBLA (Novela). Edit. Novelas y Cuentos, Madrid, 1977.
AL ENCUENTRO DE SANTA TERESA (Escritoras místicas españolas). Colección Hoja de Laurel, Murcia, 1979.
CRECIO ESPESA LA YERBA (Novela). Edit. Planeta, Barcelona, 1979.
SOY LA MADRE (Novela). Edit. Planeta, Barcelona, 1980.

ENSAYOS LITERARIOS

LA AMISTAD EN LA LITERATURA ESPAÑOLA. Edit. Alhambra, Madrid, 1944.
DIOS EN LA POESIA ESPAÑOLA. Edit. Alhambra, Madrid, 1944.
LA POESIA ANTE LA ETERNIDAD. Edit. Alhambra, Madrid, 1944.
JUAN RAMON JIMENEZ. Edit. Conferencias y Ensayos, Bilbao (sin fecha).
POESIA ANTE EL TIEMPO Y LA INMORTALIDAD. Discurso de ingreso en la Real Academia Española, Madrid, 1979.

LIBROS PARA NIÑOS

DON JUAN DE AUSTRIA. Edit. Hesperia, Madrid, 1943 (Firmado: «Florentina del Mar»)
DON ALVARO DE LUNA. Edit. Hesperia, Madrid, 1945 (Firmado: «Florentina del Mar»).
DOÑA CENTENITO, GATA SALVAJE. Edit. Alhambra, Madrid, 1943.
LOS ENREDOS DE CHISMECITA. Edit. Alhambra, Madrid, 1943 (Firmado: «Florentina del Mar»).
ALADINO (Teatro). Edit. Alhambra, Madrid, 1945.
A LA ESTRELLA POR LA COMETA (Teatro. En colaboración con Antonio Oliver). Premio Doncel 1961.
VIEJO VENIS Y FLORIDO... (Los cuentos del Romancero). Edita Caja de Ahorros del Sudeste de España, Alicante, 1963.
EL CABALLITO Y LA LUNA. Edit. C. V. S., Madrid, 1974 (Firmado: «Florentina del Mar»).
ZOQUETIN Y MARTINA. Ediciones 29, Barcelona, 1979.
BELEN (Auto de Navidad). Edit. Escuela Española, Madrid, 1979.
UNA NIÑA OYE UNA VOZ. Edit. Escuela Española, Madrid, 1979.
UN CONEJO SOÑADOR ROMPE CON LA TRADICION. Edit. Escuela Española, Madrid, 1979.

EL MUNDO EMPIEZA FUERA DEL MUNDO. Edit. Escuela Española, Madrid, 1979.

EL CONDE SOL. Edit. Escuela Española, Madrid, 1979.

EL MONJE Y EL PAJARILLO. Edit. Escuela Española, Madrid, 1980.

CUENTOS PARA NIÑOS DE BUENA FE. Edit. Escuela Española, Madrid, 1982.

INDICE

BIOGRAFIA 5

ANTOLOGIA 45

De «Brocal» 46
De «Júbilos» 47
De «Sostenido ensueño» 48
De «Mientras los hombres mueren» 49
De «Mío» 51
De «Ansia de la Gracia» 52
De «Mi fin en el viento» 57
De «Sea la luz» 59
De «Mujer sin Edén» 63
De «Iluminada Tierra» 73
De «Vivientes de los siglos» 76
De «Monólogos de la hija» 81
De «Un mundo de fugitivos» 84
De «Derribado arcángel» 87
De «Poemas del Mar Menor» 90
De «En tierra de nadie» 91
De «Su voz le doy a la noche» 93
De «Jaguar puro inmarchito» 94
De «Devorante arcilla» 95
De «Enajenado mirar» 98
De «Cita con la vida» 100
De «Corrosión» 102
De «El tiempo es un río lentísimo de fuego» 106
De «A este lado de la eternidad» 111
De «La noche oscura del cuerpo» 114

SELECCION DE CRITICAS:

Vicente Aleixandre 129

Dámaso Alonso 132
Gerardo Diego 133
Enrique Azcoaga 134
Miguel Dolç 135
Luis Jiménez Martos 136
María Dolores de Asís 137
Rita Geada 138
Mariano Baquero Goyanes 140
Concha Zardoya 141
José Albi 142
Francisco Leal Insúa 143
Guillermo Díaz-Plaja 144
Francisco Javier Díez de Revenga 146

CRONOLOGIA 149

BIBLIOGRAFIA 153

DIRECCION GENERAL DE PROMOCION
DEL LIBRO Y LA CINEMATOGRAFIA